OBRA UNA ENTREGA.
ENTREGAS 11.ª Y 12.ª

MUSEO DRAMATICO ILUSTRADO.

CADA ENTREGA UN REAL.
UNA Ó DOS SEMANALES.

EL GUANTE Y EL ABANICO,

COMEDIA EN TRES ACTOS ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

A. DE MENDOZA.

COMPRA Y VENTA
DE
COMEDIAS.
CALLE DE S. MARTIN 2 MADRID

PERSONAJES.

AMELIA, princesa soberana de ***
EDUARDO DE LIMBERG, su secretario particular.
EL CONDE ENRIQUE.
MATILDE, jóven canonesa.
CARLOTA, dama de honor.
EL BARON DE ANGLURE, tio de Carlota, y gentil-hombre de la princesa.
UN UJIER.

La escena tiene lugar en 1750.

(Este arreglo es propiedad de los editores.)

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon elegante, que comunica con un jardin por medio de tres puertas vidrieras, cuyas cortinas se hallan levantadas.—Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

CARLOTA, EL BARON.

BARON. (*Saliendo del foro por la puerta de la izquierda, con un pliego en la mano.*) ¡Otra peticion de casamiento!

CARLOTA. (*Saliendo por la derecha.*) Esto es insoportable... No se puede sufrir.

BARON. ¿Qué sucede, Carlota?

CARLOTA. ¿Sois vos, querido tio?

BARON. ¿Qué es lo que no se puede sufrir? ¿De quién hablabas?

CARLOTA. De la princesa Amelia.

BARON. ¡De tu soberana, á quien tanto nos conviene halagar!

CARLOTA. (*Bajando la voz.*) ¡Oh! nadie me ha oido mas que vos, tio. (*Señalando al jardin.*) La princesa está allí, rodeada de sus damas que la adulan, y...

BARON. Es preciso adularla tambien.

CARLOTA. Eso es lo que hago; pero de algunos dias á esta parte se ha vuelto tan exigente...

BARON. Tiene derecho para ello.

CARLOTA. Y yo que me alegré cuando al morir nuestro anciano príncipe la nombró su heredera...

BARON. ¿Acaso creiste que las mujeres ibais á poderlo todo? Pues estás en un error, sobrina. Precisamente cuando las mujeres reinan, es cuando los hombres tienen mas influencia, por razones que mas adelante conocerás.

CARLOTA. ¡Oh! las conozco ya; pero con una canonesa... Porque al fin y al cabo, cuando su tio falleció, la princesa Amelia era abadesa de Remiremont.

BARON. De donde, por mas señas, no esperaba salir para figurar entre las princesas soberanas de Alemania. Pero el jóven Fernando murió antes que su padre, á quien debia heredar, y la corona correspondió de derecho á la princesa Amelia, que se hallaba en la Lorena olvidada en un claustro. Jóven aun y hermosa, pronto se recordaron sus bondades y sus encantos, y fué acogida en todo el principado con gritos de alegría y de entusiasmo.

CARLOTA. Así se habia dispuesto de antemano.

BARON. Sí, porque nunca está de mas ayudar algo. Por lo que á mí hace, al volverla á ver no pude contener mis lágrimas.

ARLOTA. Ni yo las mias. Vos me lo habiais encargado con mucho empeño, á fin de llamar la atencion de la princesa; pero como todos lloraban á lágrima viva, lo mismo que nosotros, la princesa no reparó en nadie.

BARON. Eso es lo malo. ¡Abundan tanto los intrigantes en esta córte!... Por eso hubiera querido yo ir á la abadía de Remiremont á llevar á la princesa la agradable noticia de la muerte de su tio. De este modo me hubiera visto antes que á nadie, y el primer hombre á quien ve una canonesa, no acostumbrada á estas cosas, debe producirle el mejor efecto, sobre todo si es noble, amable...

CARLOTA. Sí; pero todo el mundo queria ir, como si todos tuvieran las mismas cualidades que vos...

BARON. ¡Aduladora!

CARLOTA. Así es que para poneros de acuerdo, fué preciso enviar al caballero Eduardo de Limberg.

BARON. Claro; con este no habia peligro... Ya ves, el secretario particular del príncipe... Un jóven que siempre está riendo, y que tiene menos ambicion que mi ayuda de cámara...

CARLOTA. Sin embargo, bien tratais de seducirle.

BARON. Puede serme útil, y quiero ofrecerle mi amistad.

CARLOTA. Algo mas podria ofrecérsele que eso: quizá un casamiento, aunque su nombre no sea muy ilustre.

BARON. Si se niega á servirme, le hago saltar.

CARLOTA. Pero ¿y la princesa?

BARON. Tendrá que casarse en cuanto se halle libre de sus votos; el electorado lo desea, los ministros se lo suplican, y yo creo que el matrimonio no le será desagradable.

CARLOTA. Eso nunca desagrada. ¿Y creeis que?...

BARON. ¡Chist! (*Va á mirar al fondo y vuelve.*) Escucha, querida sobrina. Yo tengo talento, no soy feo... Mira, el director de la casa de moneda me dijo el otro dia con intencion: —«Baron, vuestra cabeza estaria perfectamente en una moneda de oro; esto la daria valor.»

CARLOTA. ¿A la cabeza?

BARON. No, al oro. Añade á esto que en mi calidad de gentil-hombre de la princesa, no me aparto de ella un momento...

CARLOTA. ¿Y creeis que eso la divierte?...

BARON. Me complazco en creerlo, aunque ella no lo manifiesta... Alejo sagazmente de su lado á cuantos ambiciosos me pueden hacer sombra, y...

CARLOTA. Pues yo por mi parte os ofrezco ayudaros, si conseguis libertarnos de esas beatas que la princesa trajo consigo, empezando por la señorita Matilde, su protegida.

BARON. La cual debe sucederle en el convento de Remiremont.

CARLOTA. Una tontuela, á quien no puedo sufrir. (*La princesa aparece en el foro acompañada de algunas damas.*)

BARON. Silencio. Aquí está la princesa.

ESCENA II.

MATILDE, AMELIA, EL BARON, CARLOTA.

AMELIA. (*En el fondo, despidiendo á las damas.*) Podeis re ros; dejadme con mi querida Matilde. (*Las damas s tiran.*)

CARLOTA. (*En voz baja.*) ¡Con su querida Matilde!

BARON. Silencio, sobrina.

AMELIA. Sí, Matilde, es necesario; mañana partireis vuestras compañeras.

MATILDE. (*Suspirando.*) ¡Mañana!... Partiré, señora.

AMELIA. Baron de Anglure, dareis las órdenes necesari efecto.

BARON. V. A. será obedecida.

CARLOTA. (*Aparte.*) ¡Ah! se vuelven á Remiremont... T mejor. (*Alto.*) Señorita Matilde, querida amiga ¡c to lo siento!... Pero ¡hay tanta diferencia entre la y el convento!

AMELIA. No mucha. En el convento, lo mismo que aqu faltan pérfidas adulaciones, amistades dudosas, c murmuraciones.

BARON. ¡Ja, ja! Es verdad. (*La princesa le mira, y él c de tono.*) Aquí están los pliegos que me disponia á c gar á V. A. Este es del príncipe de Homburgo, cuy tados lindan con los vuestros. Es una peticion de miento.

AMELIA. Y van treinta y cinco con esta.

MATILDE. ¡Treinta y cinco!

CARLOTA. Al menos hay dónde escoger.

BARON. No perdiendo de vista los derechos y el equilib los estados, y aun de Europa...

AMELIA. Sí, esta es mi suerte. La mas humilde aldea dar su mano no consulta mas que su corazon; pe que reinan, antes que su amor deben consultar el librio europeo.

BARON. (*Riendo.*) ¡Ja, ja...! ¡Magnífico!

AMELIA. Es necesario, pues, que elija luego; cuando l el breve de Roma, ya no tendré pretesto alguno diferirlo. Veamos, aconsejadme y ayudadme á sal apuro. (*Matilde acerca un sillon, en el que la princesa sienta.*) ¿Qué pensais sobre esto, señorita Carlota

BARON (*Bajo á Carlota, mientras que esta pasa al lado princesa.*) Hum... hum... Aprovecha la ocasion pa

AMELIA. No influyais en su opinion.

BARON. Yo no he dicho nada.

CARLOTA. Pienso que no se pueden juzgar bien las p nas sin conocerlas. En cuanto á mí, para amar h rido ver de cerca.

AMELIA. (*Sonriendo.*) ¿Y os sucede eso muy á menud

BARON. (*Bajo.*) No dices mas que disparates.

CARLOTA. Quiero decir que...

BARON. (*Bajo.*) ¿Te callarás de una vez?

AMELIA. ¿Y vos, qué pensais, Matilde?

MATILDE. Yo, señora, no tengo la esperiencia de la señ

CARLOTA. ¿Qué?... ¿Cómo?

BARON. Silencio, sobrina.

MATILDE. Creo que es imposible que una princesa esponga algo al tratarse de un enlace diplomátic ¿D quién puede fiarse para juzgar á un príncipe estra ¿De la pintura, que embellece siempre el modelo?

los cortesanos, que siempre le encuentran discreto?... ¿Y quién es capaz por otra parte de adivinar los secretos del corazon humano?

ELIA. (*Pensativa.*) Cosa triste es en verdad ser menos libre que el último vasallo, que puede conceder su mano á quien ama, que puede abandonarse al sentimiento que le domina y encontrar la felicidad en donde la ha soñado.

ON. (*Aparte.*) Creo que me está mirando.

ELIA. ¿No es así, señor baron?

ON. (*Pasando al lado de la princesa.*) Sin duda, señora, él estaria muy cerca... se sentiria mucho menos, y... porque amar...

ELIA. No veo muy claro lo que me estais diciendo.

ON. Por otra parte, una princesa puede siempre... Y si en lugar de un desconocido, á quien no podria juzgar, hallase á su lado otro que... Me parece...

ELIA. (*Levantándose.*) Continuad, continuad. Está muy bien; hé aquí un consejo que...

ON. No es esta la costumbre; pero no seria la primera vez que sucediera, y si V. A. entregaba su corazon á una persona capaz de amarle...

ELIA. (*Aparte.*) ¿Y quién me amará por mí sola? (*Al baron.*) Entregad la nueva peticion á mi secretario, el caballero Eduardo de Limberg.

ON. No está en palacio, señora.

ELIA. Pues debe estar, pues no le he dado permiso para alejarse.

TILDE. Es preciso hacerle llamar.

ON. Se ha ausentado, señora, como lo hace muy á menudo.

LOTA. Segun me han dicho, no le faltan motivos para ello.

ELIA. ¿Qué motivos son esos?... ¿Os sonreís, baron?

ON. Perdonad, señora; hay cosas que V. A. debe ignorar.

LIA. Es que yo no quiero ignorar nada.

TILDE. (*Despues de mirar hácia el fondo.*) Vuestro secretario particular, señora.

ESCENA III.

MATILDE, AMELIA, EDUARDO, EL BARON, CARLOTA.

ELIA. (*Severamente.*) Caballero Eduardo, acercaos. Esta mañana os he hecho llamar, y... ¿En dónde estabais?

JARDO. (*Sorprendido.*) Señora...

ELIA. ¿En dónde estabais?

JARDO. Creí que mi servicio...

ELIA. (*Con despecho.*) Vuestro servicio debe reteneros siempre á nuestro lado. Tenia que dictaros una órden á favor del baron, y...

ON. ¡Ah, señora!

ELIA. Pero algun asunto mas importante sin duda...

JARDO. Perdonadme, señora; me he alejado para ver á una persona que me esperaba.

ELIA. Habeis hecho mal.

JARDO. Es un amigo á quien no habia visto desde que salimos de la universidad de Jena.

ELIA. ¡Ah! ¡un amigo... de la universidad! Esto ya es diferente. ¡Un amigo! Algo debemos hacer por los amigos, ¿no es verdad, baron?

ON. Seguramente, señora; es muy justo.

ELIA. ¿Y ese amigo?

EDUARDO. Es demasiado ambicioso, pues me ha pedido un favor que no está en mi mano concederle.

AMELIA. ¿Y en qué consiste ese favor?

EDUARDO. En seros presentado, señora.

BARON. En efecto, es una audacia que...

AMELIA. Que yo perdono gustosa. (*Dirigiéndose á Carlota, mientras que Eduardo saluda á Matilde.*) ¿Es costumbre en la córte que una se enfade porque deseen conocerla, señorita Carlota?

CARLOTA. Segun quien sea el ambicioso.

AMELIA. Pues bien; á mí me parece que, sea quien fuere, su deseo debe lisonjearme, y no me disgusta que me lisonjeen. Vos teneis la culpa, baron, que me habeis consentido. (*A Eduardo.*) Me presentareis vuestro amigo, caballero Eduardo.

EDUARDO. Precisamente se encuentra en el parque, por donde debe pasar V. A.

AMELIA. Está bien. Venid, baron... Matilde, acompañadme. (*Matilde, al pasar delante de Eduardo, deja caer un guante. El baron hace ademan de recogerlo.*)

BARON. Vuestro guante.

MATILDE. (*Asustada.*) ¡Ah!

EDUARDO. (*Con prontitud.*) Permitidme... (*Lo recoge.—Eduardo, el baron, Matilde y Amelia, se hallarán casi en el fondo.—Despues del movimiento de Eduardo, Amelia baja al proscenio. Carlota, siguiendo con curiosidad á Matilde y á Eduardo, sube hácia el foro y va á colocarse en el ángulo de la izquierda, delante del baron.*)

BARON. Señor de Limberg, sois bastante atrevido, pues cuando yo iba á recoger el guante de la señorita Matilde...

EDUARDO. ¿De la señorita Matilde?... ¡Ah! creí que era de S. A., y como este es un honor que no cederia á nadie...

BARON. Sin embargo, mi rango y mi empleo en la córte...

EDUARDO. Si S. A. me perdona este atrevimiento...

AMELIA. ¿El atrevimiento de haber creido recoger mi guante? ¡Pues no he de perdonároslo!... ¿Qué quereis, baron? es necesario ser mas listo.

EDUARDO. (*Entrega el guante al baron, despues de sacar de él un billete, que oculta cuidadosamente.*) Desde el momento que se trata del guante de la señorita Matilde, respeto vuestros privilegios, señor baron.

MATILDE. (*Recibiendo el guante de manos del baron.*) Mil gracias, señor baron.

BARON. (*Bajo á Carlota.*) Es preciso ganarle á todo precio.

CARLOTA. (*Lo mismo.*) Costará caro, pero lo probaremos. (*Enrique aparece en el fondo: Eduardo se dirige á él y lo presenta á la princesa.*)

ESCENA IV.

CARLOTA, EL BARON, ENRIQUE, EDUARDO, AMELIA, MATILDE.

EDUARDO. Permitidme, señora, que os presente al conde Enrique de...

BARON. (*Aparte.*) Algun intrigante como él.

AMELIA. Sed bienvenido, señor conde. ¿Sois aleman?

ENRIQUE. Sí, señora; del ducado de Homburgo.

AMELIA. Vuestro príncipe estaba hace poco tiempo en Italia; le gusta viajar á lo filósofo.

BARON. (*Riendo.*) Sí, es el hombre mas original que... (*Amelia le dirige una mirada, y recobra su gravedad.*)

ENRIQUE. Dicen que va á regresar en breve, señora.

AMELIA. Y si nota vuestra ausencia de la córte, ¿no nos

echará en cara el que le privemos de sus vasallos?

ENRIQUE. He oido decir, señora, que queria cederlos todos á V. A.

AMELIA. O tomarme los mios.

ENRIQUE. Por lo que á mí hace, señora, permitidme que os dé las gracias por el honor que me dispensais.

AMELIA. A vuestro amigo, el caballero Eduardo de Limberg, es á quien debeis darlas. Yo me intereso mucho por los que él protege, pues no puedo menos de recompensar su adhesion. (*Se aleja seguida de Matilde, y el conde la sigue algunos pasos. El baron y Carlota se acercan á Eduardo, colocándose uno á la derecha y otro á la izquierda.*)

BARON. (*Bajo.*) Señor de Limberg, necesito hablaros.

EDUARDO. Aquí me encontrareis, señor baron.

CARLOTA. (*Bajo.*) Y yo tambien.

EDUARDO. ¿Sí? Mejor que mejor.

ESCENA V.

EDUARDO, ENRIQUE.

EDUARDO. ¡Qué aire tan misterioso!... ¿Qué tendrán que decirme? Pero ¿qué me importa?... ¡Ah, querida Matilde! ya tengo tu carta. ¡Diantre! si el baron llega á ser un poco mas listo...

ENRIQUE. (*En el fondo, siguiendo con la vista á la princesa.*) ¡Qué hermosa es!

EDUARDO. ¡Encantadora! ¿Habeis visto qué gracia, qué candor? Hay para perder la cabeza. ¡Y pensar que quieren llevársela otra vez al convento!

ENRIQUE. (*Bajando al proscenio.*) ¡A la princesa!

EDUARDO. ¡La princesa!... Perdonad; veo que no nos entendemos.

ENRIQUE. ¡Me habian hablado tanto de ella! Parece muy amable.

EDUARDO. Generalmente lo es; pero de algun tiempo á esta parte se nota en ella una mezcla de dulzura y severidad, de tristeza y buen humor... Pero ¿qué quereis? una princesa que ha estado en el convento, debe tener así, como dos caras.

ENRIQUE. Creo que tiene mucha confianza en vos, pues como sois su secretario particular...

EDUARDO. Segun y conforme. Tan pronto se muestra como enfadada, no me habla y me mira apenas, como se muestra bondadosa y llena de afecto para conmigo, recordando sin duda que fuí el primero de esta córte á quien vió, cuando llevé á la abadía el testamento en que su tio la llamaba á sucederle. ¡Qué hermoso dia aquel! ¡qué alegría, qué revolucion se armó en el convento!... ¡La señora canonesa convertida en princesa soberana! Las campanas repicaban alegremente; por todos lados se oian armoniosos cánticos; todas aquellas damas la abrazaban, y era tal su contento, que hasta quisieron abrazarme á mí.

ENRIQUE. ¿Y vos lo permitisteis?

EDUARDO. A las jóvenes, se entiende. Todas esperaban formar parte de la nueva corte; pero la princesa no trajo consigo mas que á sus compañeras, y entre ellas á la mas linda de todas, la señorita Matilde, que hace un instante estaba á su lado.

ENRIQUE. Y á la cual supongo que abrazasteis tambien.

EDUARDO. ¡Oh! en cuanto á esta, la abracé dos veces, y no sentiria volver á hacerlo; pero la princesa quiere que sus damas de honor sean dechados de... (*Enrique se ha dirigido hácia el fondo y mira á los jardines.*) Pero no escuchais, y veo que vuestros ojos no se apartan del jardin.

ENRIQUE. (*Volviendo al proscenio.*) ¿Yo? no...

EDUARDO. ¿Habeis venido quizá con el objeto de agradar á alguna?

ENRIQUE. ¡Vaya una idea!

EDUARDO. ¿Y por qué no, señor conde? Recuerdo perfectamente que cuando estábamos en la universidad de Jena, erais muy amigo de aventuras y haciais la corte á todas las muchachas de la poblacion.

ENRIQUE. Cuyo amor me disputabais vos.

EDUARDO. Yo no era conde, y...

ENRIQUE. Para ello no se necesitaban títulos ni condecoraciones; bastaba con ser jóvenes, y ambos lo éramos.

EDUARDO. Buenos mozos, y lo somos...

ENRIQUE. Modestos...

EDUARDO. Y lo seremos... mas tarde. Pero, vamos, ¿amais á alguna de esas damas?

ENRIQUE. A ninguna, os lo aseguro.

EDUARDO. ¿De veras? Pues yo os las cedo todas... escepto una.

ENRIQUE. ¿La princesa quizá?... ¡Como que tampoco habria de reparar en mí!

EDUARDO. ¿Y por qué no? Las princesas pueden, como demás, fijar la atencion en cualquiera de los oficiales de su córte, sobre todo cuando tienen las cualidades personales que á vos os adornan. La nuestra sobre todo, cuyo tierno corazon, formado en las privaciones del claustro, necesita recobrar el tiempo perdido... Pero estas son cuestiones políticas en que no quiero mezclarme. Y á propósito, sabeis que si yo hubiese querido hubiera estado en mi mano crearme una posicion y una fortuna que...

ENRIQUE. ¡Oiga!

EDUARDO. Sí; mientras el príncipe de Homburgo viajaba por Italia, su embajador quiso seducirme, ofreciéndome el favor de su soberano, títulos, pensiones, ¡qué sé yo! si queria favorecer sus proyectos de enlace con... Parece que el príncipe se hallaba en la universidad de Jena al mismo tiempo que nosotros. ¿Os acordais de que hubiese allí algun príncipe de Homburgo?... Se me antoja que debe ser tan raro como su nombre.

ENRIQUE. (*Riendo.*) Sí, sí; pero no tengo la menor idea. ¿Y os habeis negado?...

EDUARDO. Claro está. No quiero favorecer otros amores que los vuestros, si es que amais á alguna de nuestras bellas... Vos debeis ser un buen partido.

ENRIQUE. Sí, bastante bueno.

EDUARDO. Esta es la ventaja que tenemos nosotros sobre los príncipes; podemos estudiar de antemano, sobre terreno, los caracteres y... algo mas si conviene. ¡Los príncipes ni se acuerdan de eso.

ENRIQUE. (*Riendo.*) Ciertamente que no.

EDUARDO. Cuando hayais elegido y conquistado un corazon...

ENRIQUE. ¡Un corazon!... ¿Lo podré acaso?

EDUARDO. ¿Y por qué no? Vaya, animaos, y... Aquí hay dos clases de corazones, entre los cuales puede uno escoger: unos son los de la antigua corte, que he estudiado muy detenidamente, tanto en general como en particular, habiendo tenido ocasion de conven

que deberia ser uno muy desgraciado para no verse correspondido por el que eligiera; los otros son los corazones del convento, algo mas difíciles ya de conquistar, pero que al fin y al cabo, como la paciencia todo lo alcanza... Yo lo sé por esperiencia, y Matilde...

RIQUE. ¡Matilde!... ¿Con que se llama Matilde?

JARDO. Es un nombre muy bonito, ¿no es verdad? Es la primera á quien amo... de este nombre. ¡Qué ángel! Posee por completo mi corazon, y es la única que os vedo.

RIQUE. ¿Y os ama?

JARDO. Con delirio; pero como es canonesa, debe volver al claustro. La princesa, que es inexorable en este punto, no la deja apartarse de ella ni un instante, y esto no es muy favorable á nuestros amores; pero afortunadamente los despachos que S. A. espera de Roma, y que deben relevarla de sus votos, anularán tambien los de Matilde. Así lo espero al menos, pues uní furtivamente su solicitud á la de la princesa, y cuando la dispensa esté aquí, fuerza será que se nos perdone.

RIQUE. (*Con atolondramiento.*) Y en cambio de vuestros favores, ¿qué puedo yo hacer por vos? Si escribiera á Roma, podria acelerar vuestra felicidad.

UARDO. (*Mirándole y riendo.*) ¿Vos?

RIQUE. (*Conteniéndose.*) Sí; tengo allí algunos amigos, y... Pero adios; os dejo, pues he oido elogiar mucho los jardines de palacio y voy á verlos.

UARDO. Os comprendo: vais en busca de alguna flor que cultivar. Id, id; pero sobre todo, dirigíos hácia la derecha y no encontrareis á la princesa.

RIQUE. ¡Ah! gracias. (*Se dirige hácia la derecha.*)

UARDO. Si teneis algun feliz encuentro, ya me lo direis.

RIQUE. (*Disponiéndose á salir.*) Es natural; nos contaremos nuestras esperanzas y hablaremos de nuestros amores, de nuestras conquistas.

UARDO. Como en la universidad.

RIQUE. En donde todas me las soplabais... (*Vase riendo.*)

ESCENA VI.

EDUARDO, *solo.*

a, ja, ja!... ¡Pobre conde! seria gracioso que aquí tambien... Pero, ahora que estamos solos, leamos el billete de Matilde. (*Mirando á su alrededor.*) ¡Nadie! (*Se sienta á la derecha y lee.*) «A menudo se enfadan contra vos y tendreis un disgusto.» (*Interrumpiéndose.*) ¡Demonio! ¿y por qué? (*Leyendo.*) «Es de todo punto necesario que os vea hoy mismo.» (*Interrumpiéndose.*) Pues no deseo otra cosa. (*Leyendo.*) «¡Tengo tantas cosas que deciros!» (*Interrumpiéndose.*) ¿Pues y yo? (*Leyendo.*) «Pero, ¿en qué sitio, á qué hora? ¿Cómo ponernos de acuerdo, si no podemos hablarnos mas que delante de la princesa?... Convengamos algun signo que no puedan comprender. Cuantas palabras diga yo abriendo mi abanico, os irán dirigidas, y las que vos pronuncieis jugando con vuestro guante, se dirigirán á mí sola.» (*Interrumpiéndose y levantándose.*) ¡Canario! ¡á esto llamo yo tener talento! (*Leyendo de nuevo.*) «Cuantas palabras diga yo abriendo mi abanico, os irán dirigidas, y las que vos pronuncieis jugando con vuestro guante, se dirigirán á mí sola.» (*Interrumpiéndose.*) ¿Qué tal la canonesita? ¡Miren cómo se esplican las niñas del convento!... Pero, ensayemos un poco como si la princesa estuviese aquí.—Matilde, abriendo su abanico: (*Toma su sombrero para figurar el abanico.*) «Solo me considero dichosa cuando os veo...» Cerrando el abanico: «dichosa á vos, señora.» Ahora yo, sacando mi guante: «A mí me sucede otro tanto...» Y dejando el guante en reposo: «lo propio que á cuantos rodean á V. A.» El abanico: «¡Os amo tanto... princesa!» El guante: «Mi vida os pertenece... señora.» ¡Magnífico! en caso necesario podria uno entenderse delante de un marido. ¡Ja, ja! no hay como las mujeres para imaginar tales cosas. (*Besando la carta.*) ¡Ay, ángel mio!

ESCENA VII.

CARLOTA, *que permanece en el fondo*, EDUARDO, EL BARON.

BARON. Con qué fuego besais ese billete, señor de Limberg.

EDUARDO. (*Sin ver á Carlota.*) ¡Es un billete amoroso, baron!

BARON. ¿Con que estais enamorado?

EDUARDO. (*Alegremente.*) ¡Y tanto! Creo que me está permitido y que no es privilegio vuestro.

BARON. Verdaderamente que no. ¿Amais quizá á alguna aldeanilla?

EDUARDO. ¡Ca! no me pongo yo por tan poco.

BARON. ¿Alguna dama de la corte?

EDUARDO. La mas bella, la mas graciosa, la mas...

CARLOTA. (*Adelantándose por el otro lado.*) No es eso muy galante para las demás.

EDUARDO. ¡Ah!... Perdonadme, señorita, pero como no he nombrado á nadie...

CARLOTA. Entonces, las comprometeis á todas.

EDUARDO. ¿Os creeis vos comprometida?

BARON. Algunas veces se ama sin ser amado.

EDUARDO. Esa es quizá vuestra costumbre; pero yo tengo otra.

BARON. ¡Ahora caigo! Vos os ausentais á menudo, y tal vez alguna cita...

EDUARDO. (*Atolondradamente, enseñando la carta.*) ¡Tengo una!

CARLOTA. ¿Para hoy?

EDUARDO. (*Lo mismo.*) Para hoy.

BARON. ¿Para esta noche?

EDUARDO. (*Lo mismo.*) Para esta noche. (*Reflexionando.*) ¡Demonio! pues no decia...

BARON. ¿Y qué importa? Estais hablando delante de un amigo.

CARLOTA. Sí, delante de dos amigos.

EDUARDO. (*Dudando.*) Ya lo creo.

BARON. Al menos solo depende de vos el podernos considerar como tales.

EDUARDO. ¿Qué es necesario hacer para ello, señor baron?

BARON. Ya lo sabeis, entenderos conmigo.

EDUARDO. Mejor quisiera entenderme con la señorita.

CARLOTA. (*Con coquetería.*) Eso no quita que...

BARON. Ayudarnos para hacer fracasar todas las pretensiones matrimoniales de los príncipes estranjeros.

EDUARDO. ¿Para favorecer á quién?

BARON. (*Sonriendo.*) ¡Je, je, je!...

CARLOTA. Creo que al lado de la princesa hay personas que por su cuna, por su...

EDUARDO. ¡Ya! entiendo. Nobles que...

BARON. Que son de la misma madera de que se hacen los soberanos.

EDUARDO. (*Aparte.*) Sí, cuando los soberanos se hacen de madera.

BARON. Yo á nadie nombro; pero con la posicion que ocupais, podeis...
CARLOTA. Secundar ciertos proyectos..:
BARON. Va en ello nuestra fortuna.
CARLOTA. Y no se repararia en la recompensa.
EDUARDO (*Mirándola.*) ¿Cómo la comprendeis vos?
BARON. Pedidla vos mismo.
EDUARDO. (*A Carlota.*) Tal vez seria demasiado exigente.
CARLOTA. Caballero... (*Aparte.*) No me disgustaria que...
BARON. (*Bajo á Eduardo, señalando á Carlota.*) Es soltera, como yo.
EDUARDO. ¡Ya!
BARON. Veo que nos comprendemos perfectamente. Sed franco, ¿quereis paz ó guerra?
EDUARDO. Vaya, señor baron, basta de chanzas.
BARON. Yo nunca me chanceo.
CARLOTA. Esto es un complot.
EDUARDO. Decid mas bien una intriga, que elevaria al baron al poder y quizá mas alto aun.
BARON. Pues bien, sí, tengo probabilidades de... La princesa lo desea...
CARLOTA. Es evidente.
EDUARDO. ¿Lo creeis así?
BARON. Y mis numerosos amigos...
CARLOTA. De los que vos podeis formar parte...
BARON. (*Apremiándole.*) ¿Y bien?
CARLOTA. (*Lo mismo.*) ¿Qué decís?
EDUARDO. Digo... digo que no conteis conmigo.
BARON. ¡Cómo! Ved lo que haceis.
CARLOTA. Mirad que os estais perdiendo.
EDUARDO. Es muy posible; pero yo no intrigo mas que por mi propia cuenta, señorita.
BARON. (*Furioso.*) ¿Con que quereis que os aniquile, señor secretario?
ENRIQUE. (*Riendo.*) Sabré defenderme, señor baron.
CARLOTA. (*Con galantería.*) ¡Ah! no tanto como yo quisiera.
BARON. Temed mi venganza. Habeis querido guerra; pues bien, sea: guerra á muerte.
CARLOTA. Algun dia tendreis que arrepentiros...
BARON. Y vendreis á suplicarme...
EDUARDO. ¡Jamás! (*Carlota y el baron salen por el fondo.*)

ESCENA VIII.

AMELIA, EDUARDO.

AMELIA. (*Saliendo por la izquierda y viendo alejarse al baron.*) ¿Qué tiene el baron?... Parece que está furioso.
EDUARDO. Hablábamos... de política.
AMELIA. ¿Y de qué se trataba?
EDUARDO. De vuestro casamiento, señora.
AMELIA. ¡Ah! todos se ocupan de lo mismo, y me instan á que me decida.
EDUARDO. Sí; todo el mundo se lo ruega á V. A.
AMELIA. ¡Todo el mundo!... Yo preferiria que alguno me hablase con franqueza, que un amigo... Pero yo no tengo amigos, sino aduladores.
EDUARDO. Señora...
AMELIA. Perdonad, señor de Limberg, me complazco en creer que vos...
EDUARDO. ¿Podría V. A. dudar de mi adhesion?
AMELIA. No por cierto. Precisamente acabo de saber de vos algunas cosas que me han conmovido vivamente.
EDUARDO. ¿De mí?
AMELIA. Sí, he visto á vuestro amigo, á ese jóven estranjero, que os aprecia mucho. Por otra parte, vos sois secretario particular, mi confidente, y... Veamos, aproximaos, quiero saber vuestra opinion sobre mi proyectado enlace.
EDUARDO. Mi opinion debe ser la de V. A.
AMELIA. ¡La mia! ¿Acaso soy libre de tenerla? ¿Me es permitido el consultar mi corazon? Y si yo amase á alguno de mi corte, ¿no tendria que ahogar este sentimiento como un error, como una falta quizá?
EDUARDO. (*Aparte.*) ¡Diantre! ¿si no se habrá equivocado baron?
AMELIA. ¿Qué decís vos á eso?
EDUARDO. Digo que como hace poco que V. A. ha salido convento, sois aun dueña de elegir.
AMELIA. (*Sonriendo.*) Luego vos no creeis en esas pasiones repentinas, en esas simpatías instantáneas de que nuestras damas hablan... algo ligeramente.
EDUARDO. Yo creo en el amor, señora.
AMELIA. ¡Ah! (*Despues de una pausa.*) El Consejo se obstina en que elija uno de los príncipes estranjeros á quienes no conozco, á quienes no he visto jamás...
EDUARDO. El interés del Estado...
AMELIA. ¿Y el mio? Pero veo que vos sois como los demas. ¿Qué puede importaros mi felicidad?
EDUARDO. ¡Ah, señora! daria mi vida por asegurarla.
AMELIA. Pero si entre los que me rodean hubiese uno cuyo corazon hubiese comprendido el mio...
EDUARDO. (*Aparte.*) No hay duda. (*Alto.*) ¿Seria de condicion bastante elevada para?...
AMELIA. ¿Y qué importa eso? Mi mano le ennobleceria.
EDUARDO. ¿Quién seria tan osado para levantar los ojos hasta vos, para declararos?...
AMELIA. ¡Oh! ¡hay tantos ambiciosos!... No hablo por vos, pues sé que no lo sois... bastante; pero mi tio me recomendó vuestra fortuna, y yo he pensado... ¿Os desagradaria mucho?
EDUARDO. Mucho. Mi padre perdió la vida en un combate por salvar la de vuestro tio; siguióle en breve mi madre, y vuestro bondadoso tio se apiadó del pobre huérfano y veló por mí hasta su hora postrera.
AMELIA. Pues yo debo acabar la obra que él empezó.
EDUARDO. Señora, la confianza con que me honrais es el mejor premio de mi celo.
AMELIA. No, vos sois noble, teneis talento, y... (*Conteniéndose.*) Pero ¿de qué hablábamos? Me habia olvidado ya...
EDUARDO. De vuestros proyectos de matrimonio, señora.
AMELIA. ¡Ah! sí. Decidme: si yo eligiera uno de mis vasallos, ¿creeis que me negarian?...
EDUARDO. Señora, sois libre, y todos aceptarian sin murmurar...
AMELIA. Esto no basta; yo necesito una aprobacion determinante.
EDUARDO. Es que... A veces... Segun sea la persona...
AMELIA. ¿Qué quereis decir?
EDUARDO. El baron me ha dado á entender...
AMELIA. ¿Qué?
EDUARDO. Pero la voluntad de V. A. es lo primero, ...
AMELIA. ¿Os ha nombrado tal vez á alguien?
EDUARDO. Perdonad pero...
AMELIA. ¿Quién es? Hablad; lo exijo.

RDO. El mismo, señora.
IA. (*Admirada.*) ¡El baron!
RDO. Y no oculta sus proyectos, sus esperanzas...
IA. (*Riendo.*) ¡El baron!
RDO. Se cree correspondido.
IA. (*Riendo.*) ¡El baron!... ¡Ja, ja, ja!
RDO. (*Con alegría.*) ¿Con que?...
IA. ¡Qué gracioso!... ¡Ja, ja, ja!
RDO. (*No pudiendo contenerse.*) ¡Ja, ja, ja!

ESCENA IX.

MATILDE, AMELIA, EL BARON, EDUARDO.

N. Señora... (*Aparte, reparando en Eduardo.*) ¡Ah! ¡es l! (*A la princesa.*) Venia...
IA. (*Conteniéndose.*) Muy á propósito, pues hablábamos de vos.
N. ¿De mí, señora?
RDO. Sí, baron.
IA. Y llegais á tiempo... ¡Ja, ja! (*Eduardo rie tambien.*)
N. (*Asombrado.*) ¡Que llego á tiempo!... ¡Es original! (*Aparte.*) ¿De qué se reirá?
IA. Teneis ideas sublimes.
N. Algunas veces.
RDO. El señor baron es uno de los mas profundos políticos...
N. Me precio de ello.
IA. (*Reparando en Matilde, que sale por la puerta lateral de la izquierda con un retrato en la mano.*) ¿Qué es eso que traeis ahí, Matilde?
ILDE. Es el retrato de V. A., que acaba de entregarme el joyero de la córte.
RDO. Obra de ese pintor por quien todas nuestras damas se han hecho retratar... despues de V. A.
ON. Yo hubiera querido hallarme en su lugar... antes.
LIA. (*Riendo.*) ¡Qué galante sois, baron!
ON. (*Con fatuidad.*) Algo ingenioso y no mas.
LIA. (*Tomando el retrato.*) Dadme. ¿Ha estado mucho tiempo para hacerlo?
ILDE. (*Abanicándose y mirando á Eduardo.*) El tiempo que se emplearia en hacer dos. (*Abanicándose con mas fuerza.*) Y como yo me hallaba siempre al lado de S. A., (*Mas fuerte.*) habria podido hacer el mio. (*Con impaciencia.*) ¿Comprendeis?
ON. Perfectamente.
ARDO. (*Aparte, sin comprender.*) ¿Qué querrá decir?... (*Acordándose.*) ¡Ah! ¡El abanico! (*Saca un guante.*)
RON. ¡Dos retratos á la vez! Hubiera sido inverosímil.
TILDE. (*Abanicándose.*) Pues es verdad.
UARDO. (*Cortado y jugando con el guante.*) Pudiera haberse deseado que... y despues... dos personas felices...
RON. Justo.
UARDO. ¿Lo creeis así? (*Aparte, colocándose entre la princesa y Matilde.*) No va muy bien todavía; hasta que me haya acostumbrado...
ELIA. Creo que el parecido nada deja que desear.
RON. (*Sin mirar el retrato.*) ¡Oh! V. A. vale mucho mas.
ELIA. (*Presentando el retrato á Eduardo.*) ¿Qué os parece, señor de Limberg? Vos sois algo poeta, algo artista, y debo atenerme á vuestra opinion.
UARDO. Sois vos misma, señora; vuestra dulce mirada, vuestro aire bondadoso... (*Matilde le pone un retrato en la mano.*) ¡Ah!

AMELIA. ¿Qué os pasa?
EDUARDO. Nada, señora, la sorpresa... Ahora concibo perfectamente que el pintor haya invertido en este retrato el tiempo necesario para hacer dos. (*Jugando con el guante.*) Dichoso el que llegue á poseerlo.
MATILDE. (*Abanicándose.*) Es un consuelo para quien espera.
BARON. Eso es lo que yo iba á decir: dichoso el que...
AMELIA. Lo destino á las personas á quienes puedo amar... á mi gusto. (*El baron se adelanta.—Conteniendo la risa.*) ¡Ah! no es á vos todavía, baron.
BARON. Señora... (*Aparte.*) Estoy conmovido.
AMELIA. (*Pasando al lado de Matilde y dándole el retrato.*) Tomad, Matilde, llevadle al convento, donde fuí tan dichosa.
BARON. ¿Acaso no os quieren aquí cuantos os rodean?
EDUARDO. (*Jugando con el guante.*) Sí, aquí se os ama... mas de lo que se os amó jamás en el convento. (*Aparte.*) La cosa marcha.
AMELIA. ¿Lo creeis así, señor de Limberg?
MATILDE. (*Abanicándose.*) Y si fuese necesario volver allá...
EDUARDO. (*Jugando con el guante.*) Yo lo impediria, aunque tuviese que costarme la vida.
AMELIA. ¡Oh! no habrá motivo para tanto, pues aunque conozco toda vuestra adhesion y sé cuanto puedo esperar de vos, mañana debe llegar el Breve que anula mis votos, y ya no volveré al convento.
EDUARDO. (*Jugando con el guante.*) Mañana podreis hablar, y...
AMELIA. Puede ser. Id, y avisad de mi parte á los ministros para esta noche.
EDUARDO. (*Da un paso y vuelve moviendo el guante.*) ¡Ah! ¿cuál es la hora de la cita? (*Amelia le mira.*) Del Consejo, quiero decir.
MATILDE. (*Abanicándose.*) Ya podeis pensarlo.
BARON. El señor de Limberg no piensa mas que en citas, y...
AMELIA. ¿De veras?
EDUARDO. ¡Yo! nada de eso. ¿Con que V. A. recibirá á los ministros á las?...
AMELIA. A las nueve.
MATILDE. (*Abanicándose.*) A las nueve.
EDUARDO. (*Jugando con el guante.*) Comprendo.
BARON. Es la hora de costumbre.
EDUARDO (*Jugando con el guante.*) ¿En dónde, señora?
AMELIA. Como siempre, en mi despacho.
MATILDE. Esto es lo que yo no puedo comprender. ¡Encerrarse en un gabinete cuando hace un tiempo tan hermoso! (*Abanicándose.*) Cuando se puede pasear...
EDUARDO. (*Jugando con el guante.*) En un bosquecillo del parque...
MATILDE. (*Lo mismo.*) En el parterre de S. A...
EDUARDO. (*Lo mismo.*) Junto al pabellon de las flores... (*Aparte.*) Vaya, la cosa marcha.
BARON. (*Riendo.*) ¡Para hablar de negocios!... No es malo el sitio, que digamos.
AMELIA. Sería mas agradable, pero una princesa debe aprender á aburrirse. Id, señor de Limberg, y no os alejeis por si os hago llamar.
EDUARDO. Voy á obedeceros, señora, y (*Jugando con el guante.*) seré puntual. (*Vase, y encuentra á Carlota, que sale por la puerta izquierda del fondo.*)
CARLOTA. ¿Os marchais? (*Riendo.*) ¿Acudís tal vez á la cita?

ESCENA X.

MATILDE, CARLOTA, AMELIA, EL BARON.

AMELIA. (*Vivamente.*) ¡Tambien vos!... ¿Qué citas son esas? ¿Qué quereis decir?

CARLOTA. Señora... Es un secreto.

AMELIA. ¿Un secreto entre vos y el señor de Limberg?

BARON. Y yo, señora, y... otra persona.

MATILDE. (*Aparte.*) ¡Cielos!

AMELIA. (*Sonriendo.*) Pero si todo el mundo lo sabe, bien puedo saberlo yo tambien. Hablad, ¿qué cita es esa?

CARLOTA. Señora, no sé si puedo...

BARON. Tal vez pudiera comprometer...

AMELIA. ¿A quién?

CARLOTA. A una dama.

AMELIA. ¿A una dama?

MATILDE. (*Turbada.*) En efecto, si puede...

AMELIA. No importa. Hablad, yo os lo mando.

BARON. Obedece, Carlota.

CARLOTA. ¡Oh! es una cosa muy sencilla... Hace un momento mi tio y yo hemos sorprendido al señor de Limberg besando con transporte una carta...

BARON. Una carta de amor.

AMELIA. ¡Ah! ¿era una carta de amor?

CARLOTA. No se besan otras.

MATILDE. ¿La habeis leido?

BARON. No; pero el señor de Limberg nos ha contado...

AMELIA. ¿Qué os ha dicho?

CARLOTA. Que era correspondido.

AMELIA. ¿Y no os ha nombrado la persona interesada?

BARON. Es una dama de vuestra corte, señora.

AMELIA. ¡Una intriga aquí, en mi palacio, á mi lado tal vez!... Esto es un escándalo que no sufriré.

BARON. Reconozco que V. A. obra en esto perfectamente.

AMELIA. Señor baron, decid á esa dama que quiero que parta, que se aleje, y que no vuelva á presentarse delante de mí.

MATILDE. (*Aparte.*) ¡Dios mio!

CARLOTA. Señora, permitid...

AMELIA. ¿Vais á defenderla?

CARLOTA. Líbreme Dios de hacerlo.

BARON. Pero yo no la conozco, pues como no la ha nombrado...

MATILDE. Quizá todo esto no sea mas que una broma.

BARON. No lo creo así, y la prueba es la cita.

AMELIA. ¡La cita!... Es verdad, tratándose de una cita...

CARLOTA. Para hoy...

BARON. Para esta noche...

AMELIA. ¿Dónde?

BARON. Esto es cabalmente lo que ignoro.

CARLOTA. A menos que no sea en el sitio adonde el señor de Limberg va todas las noches mientras V. A. se halla ocupada con sus ministros.

AMELIA. ¡A las nueve! ¿Y adonde va á aquella hora?

BARON. Al parque, al pabellon de las flores, segun me han dicho.

AMELIA. ¡En mi pabellon! ¡Qué audacia!... Hacedle venir al instante.

BARON. Señora, siento que...

AMELIA. Hacedle venir. (*El baron se aleja.*)

CARLOTA. El vivo interés que V. A. toma en este asunto, me hace sentir...

AMELIA. El interés no es otro que la dignidad de la có... Dejadme.

CARLOTA. (*Reuniéndose con el baron en el fondo.*) La victo... es completa, y me parece que si de esta escapa...

BARON. (*Bajo.*) ¡Bien, muy bien! (*Carlota y el baron se ... jan.*)

ESCENA XI.

AMELIA, MATILDE.

AMELIA. (*A Matilde.*) Quedaos, Matilde.

MATILDE. (*Aparte.*) ¡Y no poderle avisar!

AMELIA. Yo, que tenia confianza en él y que hace un ... mento aun...

MATILDE. ¡Ah, señora! nunca os he visto tan irritada.

AMELIA. ¡Irritada! Nada de eso... Estoy tranquila, muy tr... quila; pero no puedo, no debo permitir que semejan... intrigas tengan lugar á mi vista, á la vuestra...

MATILDE. Por Dios, señora, ese pobre jóven...

AMELIA. (*Interrumpiéndola con viveza.*) Me ha engañado, ... burlado mi confianza... Además, siento un no sé qu... ¡Ah! ¡esto es horrible!

MATILDE. ¿Acaso no puede él amar?

AMELIA. ¿A quién? quiero conocerla; lo quiero.

MATILDE. ¿Y si se niega á nombrarla?

AMELIA. Entonces ¡desgraciado de él!

MATILDE. ¿Porque habrá preferido perderse á compro... ter á la que?...

AMELIA. (*Preocupada.*) ¿Quién puede haberle dado esa c...

MATILDE. Pronunciad una palabra, señora, y esa cita tendrá lugar. El señor de Limberg obedecerá, y...

AMELIA. No; deseo que ella vaya, porque quiero saber ... secreto que tanto se me oculta. Quiero saberlo, y lo ... bré. Yo misma voy á sorprenderla, y vos me acompa... reis, Matilde. (*Movimiento de Matilde.*) Tranquilizaos ... no acudirá, pues le obligaré á partir.

ESCENA XII.

EDUARDO, AMELIA, MATILDE.

EDUARDO. Señora, me han dicho que V. A. me mand... llamar.

AMELIA. (*Muy agitada.*) En efecto, tengo que hablaros, ... ballero.

MATILDE. (*Abanicándose.*) Señora, si han contado...

AMELIA. (*Conteniéndola.*) Se trata de una mision import... que exige que os ausenteis por veinte y cuatro hor... Una mision cerca del príncipe de Homburgo. Dispo... á partir.

EDUARDO. ¿Mañana, señora?

AMELIA. No; esta noche.

EDUARDO. (*Moviendo el guante.*) ¡Esta noche!

AMELIA. Parece que esto os contraria... ¿Estorbo q... alguno de vuestros proyectos?

EDUARDO. No, señora; pero hubiera deseado...

AMELIA. (*Severamente.*) No admito escusas ni dilaciones ... perad aquí mis órdenes.) *Se dirige hácia la puerta la ... de la izquierda. Matilde la sigue.*)

MATILDE. (*Al pasar por el lado de Eduardo, en voz baja.*) ... discreto!

EDUARDO. (*Lo mismo.*) ¿Sabe acaso?...

MATILDE. Todo.

EDUARDO. ¿Quién le ha dicho?...

LDE. El baron.
IA. (*Volviéndose hácia Eduardo, severamente.*) Esperad-
ıe. (*Vase.*)
LDE. (*En el umbral de la puerta.*) Nos habeis perdido
ambos. (*Vase precipitadamente. Enrique aparece por el
ondo.*)

ESCENA XIII.

ENRIQUE, EDUARDO.

ARDO. ¡Ah! Ese baron de Barrabás...
QUE. Hola, amigo mio, debeis estar entusiasmado, en-
antado...
ARDO. ¡Yo! Os aseguro que ocasion mas á propósito...
QUE. Sin duda. Hace un momento pasaba junto á los
ıvernaderos, cuando viéndome la princesa, me hizo
amar y me estuvo ella misma enseñando sus flores
on una gracia y una bondad que...
ARDO. Sois muy feliz.
QUE. Y en seguida, como para complacerme, empezó
hablarme de vos con un interés...
ARDO. ¿De mí?
QUE. Sí; yo por mi parte le hice mil elogios de vos,
ıanifestándole los títulos y honores que habíais des-
reciado por permanecerle fiel.
ARDO. Pero eso es una indiscrecion...
QUE. ¡Diantre! lo sé muy bien; pero como vos sois tan
ıodesto, los amigos deben serviros, y yo lo soy vuestro.
ARDO. Gracias, conde. Habeis logrado un éxito com-
leto.
QUE. Sí, sí; llegó á derramar lágrimas.
ARDO. ¿La princesa?
QUE. Y aun me añadió que no os pesaria semejante
esinterés, y que la proteccion que os dispensa se au-
ıentaria en alto grado.
ARDO. Por eso cuando llegó estaba tan encantadora;
ero ¡las mujeres cambian tan pronto, y las soberanas
aben abusar tan bien del permiso de ser mujeres!...
a nuestra sobre todo...
QUE. ¿Qué quereis decir?
ARDO. Que el viento ha cambiado, y que en este instan-
e, ó mucho me engaño ó he caido en plena desgracia.
QUE. ¿Vos?
ARDO. Sí, yo, el mas fiel, el mas... ¡Y alejarme de la
órte, de la que amo!
IQUE. ¿Ella os aleja?
ARDO. (*Paseándose con precipitacion.*) ¡Cuando me veo
ımado, cuando tengo una cita! (*Acercándose á Enri-
ue.*) Porque vos no sabeis que Matilde me ha dado su
etrato, y me ha dicho de la manera mas ingeniosa que
ne esperaba esta noche. ¡Y en semejante momento es
uando debo partir!
IQUE. ¡Pobre amigo mio! Pero quizá obtengais...
ARDO. ¡Nada! «No quiero escusas, ni dilaciones,» me
lijo con severidad la princesa.
IQUE. ¡Ella, tan buena!... Siento mucho esta marcha
ue desbarata todos mis proyectos.
ARDO. ¿Qué proyectos?
IQUE. Nada... ¿Y os envia muy léjos?
ARDO. A vuestro país.
IQUE. ¡Cómo!
ARDO. Sí, á la córte del príncipe de Homburgo.
IQUE. ¿A la córte de?...
EDUARDO. Con un mensaje.
ENRIQUE. Siendo así, tranquilizaos.
EDUARDO. ¿Cómo puedo tranquilizarme debiendo partir?
ENRIQUE. No partireis.
EDUARDO Es preciso que mañana por la mañana vea al prín-
cipe.
ENRIQUE. Sin marcharos podeis...
EDUARDO. ¿Qué estais diciendo?
ENRIQUE. El vendrá aquí.
EDUARDO. ¿Aquí?
ENRIQUE. Así me lo ha dicho.
EDUARDO. ¿Le conoceis?
ENRIQUE. Mucho.
EDUARDO. ¿Y le esperais?
ENRIQUE. En secreto.
EDUARDO. Pero es necesario decir á S. A...
ENRIQUE. Nada de eso. Haceis como que partís, entregais al
príncipe el pliego que os confien, él os da la respuesta,
y volveis sin haberos ido.
EDUARDO. (*Con alegría.*) ¿Y acudiré á mi cita?
ENRIQUE. Y sereis dichoso.
EDUARDO. ¡Ah! mi agradecimiento...
ENRIQUE. Silencio, que viene la princesa.

ESCENA XIV.

CARLOTA, EL BARON, MATILDE, AMELIA, EDUARDO, ENRIQUE.

AMELIA. (*Saliendo por la izquierda seguida de los otros per-
sonajes.*) Venid, baron, venid.
BARON. Pero, señora...
AMELIA. ¡Silencio! Señor de Limberg... (*Reparando en Enri-
que.*) ¡Ah! (*Aparte.*) Este estranjero querrá impedir qui-
zá... (*Con calma.*) Señor de Limberg, vais á partir.
EDUARDO. (*Moviendo el guante.*) No partiré... (*Cesando.*) sin
dar gracias á V. A. por la confianza con que...
AMELIA. Está bien, está bien. Vais á partir al instante.
EDUARDO. Solo tardaré el tiempo necesario para ir á mi ha-
bitacion, señora.
AMELIA. No, deseo que vuestra marcha sea secreta, y por lo
tanto subireis en seguida en un coche que os está espe-
rando al pié de esta escalera. (*Designando la puerta late-
ral de la derecha.*) Márchareis con el baron.
EDUARDO. ¡Con el baron!
AMELIA. El es quien lleva los pliegos de mi ministro.
ENRIQUE. (*Aparte.*) ¡Demonio!
AMELIA. No le abandonareis ni un minuto.
BARON. (*Bajo á Carlota.*) Alejarme precisamente cuando...
CARLOTA. (*Bajo.*) Yo velaré por vuestros intereses. (*El ba-
ron se dirige á la puerta lateral de la derecha.*)
AMELIA. (*Sonriendo, á Enrique.*) En cuanto á vos, caballero,
esperareis el regreso de vuestro amigo en la habitacion
del baron, donde sereis mi prisionero.
ENRIQUE. Señora... (*Aparte.*) ¿Qué querrá decir? (*Eduardo
le mira, y él le hace seña de que calle.*)
AMELIA. (*Aparte.*) Y ahora, yo conoceré á esa dama.

CAE EL TELON.

ACTO SEGUNDO.

Retrete de la princesa.—Puertas al fondo, á derecha é izquierda.—Una mesa con recado de escribir á la izquierda.—A la derecha un clavicordio.

ESCENA I.

ENRIQUE, MATILDE.

(*Al levantarse el telon, Matilde se hallorá sentada al clavicordio, como concluyendo de cantar. Enrique entra por el fondo.*)

ENRIQUE. ¡Magnífico!

MATILDE. ¡Príncipe!...

ENRIQUE. ¡Silencio! No pronuncieis ese nombre; aquí no soy príncipe, sino únicamente un conde que corre el mundo por capricho, y que viene á esta córte en busca de aventuras. ¿Y la princesa?

MATILDE. (*Señalando la puerta de la derecha, que estará abierta.*) Allí está, y sin duda me escuchaba.

ENRIQUE. Y qué tal ¿se le ha quitado ya el mal humor de ayer?

MATILDE. Completamente. Se ha levantado contenta por no haber hallado culpable á ninguna de sus damas.

ENRIQUE. Ya lo creo. Cansada de pasearse por el jardin, en donde esperaba á la culpable, os encargó á vos que os quedárais acechando, sin sospechar que su secretario particular, á quien juzgaba tan léjos de la córte, estaba oculto en el misterioso pabellon. ¡Ja, ja, ja!

MATILDE. Caballero...

ENRIQUE. Perdonad, señorita; comprendo vuestra inquietud y vuestros tormentos, y creed que participo de ellos, sobre todo desde que estoy enamorado tambien. Sí, la gracia, el talento, la vivacidad de la princesa Amelia, y aun su severidad misma al tratarse de la virtud y del honor de su córte, todo me agrada y me entusiasma. Añadid á esto que nuestros señoríos se tocan, y que al reunirlos, podré cambiar mi electorado en reino, y... Pero ¿qué teneis? ¡Estais temblando!

MATILDE. (*Mirando hácia la derecha.*) ¡Oh! cuanto está pasando me asusta, me aterra. ¿Si supieseis qué temores abriga mi corazon?

ENRIQUE. ¿Pues qué hay mas?

MATILDE. Si la princesa llega á saber que la hemos engañado, que Eduardo no ha partido...

ENRIQUE. Cuando lo sepa, habrá cesado el peligro.

MATILDE. Pero ese maldito baron dirá á su vuelta lo que le ha sucedido. (*Reparando en Amelia, que sale por la derecha.*) La princesa. (*Se sienta precipitadamente al clavicordio.*)

ESCENA II.

ENRIQUE, AMELIA, MATILDE.

AMELIA. (*Con un libro en la mano, y adelantándose hácia Matilde sin ver á Enrique, que se ha retirado al fondo.*) ¿Qué teneis, Matilde? Parece que estais conmovida, y... (*Reparando en Enrique.*) Ya caigo... Os estaba escuchando el señor conde.

MATILDE. (*Levantándose y afectando sorpresa.*) ¡Ah! no le habia visto.

ENRIQUE. Acabo de llegar, señora, para ponerme á las órdenes de V. A., que se ha dignado llamarme.

AMELIA. En efecto; he querido suplicaros en persona q olvideis una medida algo severa, que se llama, seg creo, un golpe de estado.

ENRIQUE. Y de la que no me quejo, señora, puesto que ha retenido en vuestro palacio.

AMELIA. Si, arrestado.

ENRIQUE. En efecto. (*Aparte.*) ¡Yo arrestado!

MATILDE. (*Aparte.*) ¡Todo un príncipe!... ¡Es chistoso!

AMELIA. Me acosaban ciertos temores que ya se desvanecido. Sospechaba de todo el mundo, y no hallado á nadie á quien castigar. (*Tomando la man Matilde.*) A nadie, ¿no es cierto?

MATILDE. A nadie. (*Aparte.*) ¡Cómo miento!

ENRIQUE. (*Aparte.*) Para canonesa no lo hace mal.

AMELIA. Deseo reparar mi agravio, concediéndoos el fa que me habeis pedido para el señor de Limberg. Me jisteis que habia rehusado un título del príncipe de H burgo, y ayer se acordó en el Consejo concederle pingüe pension y nombrarle conde, para que sea v tro igual.

ENRIQUE. Señora, es imposible reunir á la vez mas bo y tanta gracia.

AMELIA. No hago mas que cumplir con un deber de j cia, recompensando su fidelidad.

ENRIQUE. Con ello facilitais mas su enlace.

AMELIA. ¿Creeis que piensa en casarse?

ENRIQUE. ¡Que si piensa!

AMELIA. (*Con ansiedad.*) ¿Acaso ama á alguien? (*Enriq contiene á una señal de Matilde.*)

ENRIQUE. Es su secreto, señora, y él solo puede revelá lo, si es que se atreve.

AMELIA. (*Bajando los ojos.*) ¡Ah!... Señor conde, no qu deteneros mas. Quedais en libertad.

ENRIQUE. ¿En libertad... de quedarme, señora?

AMELIA. Como gusteis, y con tanto mayor motivo, cu que puedo anunciaros que se preparan fiestas en córte; esta noche misma tendremos baile, pues d que cuantos me rodean participen de la felicidad esperimento.

MATILDE. En efecto, señora; ayer decian vuestros mi tros, al salir del Consejo, que estaba decidido vue enlace.

AMELIA. Sí; para poner término á sus discusiones, les noticiado que mi eleccion estaba hecha.

ENRIQUE. (*Aparte.*) ¡Cielos! (*Alto.*) ¿Y quién es el afo nado príncipe que?...

AMELIA. ¡Oh! parece que todo el mundo tiene secreto este es el mio.

ENRIQUE. (*Sonriendo.*) Es verdad.

AMELIA. Hasta Matilde, que se halla trémula, conmovi...

MATILDE. ¡Yo, señora!

AMELIA. (*A media voz.*) Haceis muy mal en tener seci conmigo, que solo espero los despachos de Roma daros ejemplo de confianza.

MATILDE. Y yo tambien, señora.

AMELIA. ¿Con que decididamente hay algo?

ENRIQUE. (*Aparte.*) ¿Cómo saber?...

ESCENA III.

ENRIQUE, CARLOTA, AMELIA, *despues* EL BARON.

CARLOTA. (*Saliendo por el foro.*) ¡Señora!... ¡Señora!

AMELIA. ¿Qué es eso, Carlota? ¿qué teneis?

LOTA. Mi tio está aquí.
ILDE. (*Aparte.*) ¡ El baron !
IQUE. (*Aparte.*) ¡ Diantre !
LIA. ¿ Tan pronto ?
LOTA. Solicita presentarse el momento ante V. A.
LIA. Que venga, que venga.
ILDE. (*Aparte.*) ¡Estamos perdidos! (*Va á apoyarse en un sillon en el segundo término de la derccha. El baron entra por el foro, en el mayor desórden y con la peluca descompuesta, y se coloca á la izquierda, cerca de Amelia. Enrique y Carlota se hallarán á la izquierda en segundo término.*)
ON. ¡Justicia, señora, justicia !
LIA. ¿Qué teneis, baron? Me asustais.
ON. Sé que no deberia presentarme así ante V. A.; pero he sido víctima de...
LIA. ¿Qué desgracia ocurre? ¿Y el caballero de Limberg?
ON. El señor de Limberg es un traidor, un infame, un facineroso.
IQUE. (*Aproximándose al baron, y á media voz.*) Caballero, ved que soy su amigo, y...
ON. (*Con arrogancia.*) Pues yo no lo soy.
LIA. Pero en fin, la mision que vos debiais llevar á cabo...
ON. No la he cumplido, señora. El caballero de Limberg me ha abandonado en el camino, arrebatándome los despachos de que me habia encargado V. A. ¡ Hace seis horas que ando sin saber en dónde me hallo, de dónde vengo ni á dónde voy! ¡Uf! estoy mareado por el ruido del coche. ¡ Brrrr !
ELIA. Pero ¿qué quiere decir eso?
RON. ¿Lo sé yo acaso, señora?
RLOTA. (*Pasando al lado de Amelia.*) Quizá pueda yo decíroslo.
IELIA. ¿Vos, Carlota?
RLOTA. Sí, señora; esto me esplica lo que no me atrevia á creer. Ayer tarde ví al señor de Limberg subir al coche con mi tio.
RON. Sí; se sentó á mi lado, á la izquierda, para cederme el puesto de honor, segun me dijo el muy solapado, y... (*Amelia le impone silencio.*)
RLOTA. Sin embargo, algunas horas despues creí verle pasar por debajo de mi ventana para entrar en el parque.
RON. ¡Oiga!
ATILDE. (*Aparte.*) ¡Yo muero!
RIQUE. (*Aparte.*) ¡Pobre Matilde!
RLOTA. Media hora mas tarde, incitada por tan estraña aparicion, bajé al parque, cuya puerta se hallaba entreabierta.
RON. ¡Hola, hola!
MELIA. ¡Baron!...
RLOTA. Al llegar, ví la sombra de una mujer que salia del pabellon de las flores.
ATILDE. (*Adelantándose hácia Amelia.*) Era yo.
ARLOTA Y EL BARON. ¡Vos!
MELIA. Sí, Matilde, á quien yo habia rogado que permaneciese allí.
ARLOTA. ¿La señorita? ¡Pues es singular!
MELIA. ¿Por qué?
ARLOTA. Es que llevada de una curiosidad natural...
ARON. Muy natural; pero acaba de una vez.
ARLOTA. Quise entrar en el pabellon, y sentí que alguno sujetaba la puerta.
MATILDE. Es decir, se hallaba cerrada. Aquí está la llave que S. A. me habia pedido. (*Entrega una llave á la princesa.*)
AMELIA. Vaya, ¡estais loca!
CARLOTA. Permitidme...
BARON. Sí; estás loca. ¿Qué tiene que ver el pabellon con el señor de Limberg?
CARLOTA. ¡Oh! lo que es á él le ví perfectamente; iba embozado en una capa parda.
ENRIQUE. (*Adelantándose hácia Amelia é inclinándose.*) Ese era yo, señora.
EL BARON Y CARLOTA. ¡Vos!
AMELIA. ¡Vos, caballero!
ENRIQUE. Como la prohibicion es causa del apetito, quise dar un paseo por el parque, y me descolgué por la ventana.
CARLOTA. Esa será la que esta mañana han creido ver escalar al señor de Limberg.
ENRIQUE. Sin duda era yo, que volvia á mi cuarto.
UJIER. (*Anunciando.*) El caballero de Limberg.
MATILDE Y AMELIA. ¡El!
BARON. ¡Ah! vamos á ver como...

ESCENA IV.

EL BARON, CARLOTA, EDUARDO, AMELIA, MATILDE, ENRIQUE.

(*Eduardo sale con las botas llenas de polvo, y enjugándose la frente con el pañuelo. Junto á la puerta encuentra á Enrique, quien despues de estrecharle la mano, pasa á la derecha, junto á Matilde.*)

EDUARDO. Perdonad, señora, si me atrevo á presentarme ante V. A. de este modo, mas he creido que mi deber...
AMELIA. Habeis hecho bien, caballero.
BARON. (*Adelantándose furioso hácia Eduardo.*) Supongo que me esplicareis, caballero...
EDUARDO. (*Riendo.*) ¡Hola! ¿cómo os ha probado el viaje, querido baron? (*Quiere tomarle la mano.*)
BARON. (*Retrocediendo.*) No me toqueis, caballero.
EDUARDO. ¡Qué mal genio!
AMELIA. Calmaos, y no olvideis que os hallais en mi presencia.
MATILDE. (*Abanicándose.*) Pensad en defenderos... señor baron.
BARON. Descuidad, señorita. (*Matilde aproxima un sillon, en el que se sienta Amelia. Matilde permanece detrás de ella.*)
AMELIA. Caballero Eduardo, antes de partir os dije que no abandonárais al baron un solo instante.
BARON. Y habeis estado separado de mí toda la noche.
EDUARDO. Es verdad; fuerza es confesarlo, puesto que vos habeis llegado primero. (*Al baron.*) Sois un torpe.
BARON. ¿Torpe, yo?
CARLOTA. (*Bajo al baron.*) Hablad, hablad.
BARON. Permitidme, señora. Ambos partimos juntos, el señor sentado junto á mí...
EDUARDO. A la izquierda.
BARON. La conversacion era muy animada... por mi parte. Hablaba de política, de alta política, cuando reparé que el señor se habia dormido.
EDUARDO. ¿Quién tuvo la culpa?
BARON. Entonces empecé á hablar conmigo mismo, y me dormí tambien. Apenas habia transcurrido una hora, cuando el coche se detuvo á la puerta de un castillo, me desperté, y... ¡estaba solo!

EDUARDO. (*Cortándole la palabra, lo cual hará durante toda la escena.*) Era el castillo de mi amigo el conde de Wallen, en donde solo nos detuvimos para saludarle de paso. Sin embargo, cuando iba á sentarse á la mesa, se presentó el baron, que estaba muerto de hambre, y...

BARON. Permitidme...

EDUARDO. (*Interrumpiéndole.*) El aspecto que presentaba la mesa era tentador, lo confieso, pues el conde se da una vida... ¡qué vida! Figuraos los manjares mas apetitosos, los vinos mas esquisitos... Y como el baron es tan aficionado...

BARON. Permitid...

ENRIQUE. Nada tiene de particular.

AMELIA. Sí, sí, sois muy goloso, baron.

BARON. Pero si fué él quien se sentó á la mesa.

EDUARDO. Despues de vos, baron. Nunca me hubiera permitido...

AMELIA. Acabad.

EDUARDO. Por desgracia, nos servia una linda muchacha, cuyos azules ojos atraian sin cesar la copa del baron.

AMELIA. ¡Ah! baron...

BARON. (*Con prontitud.*) Señora, os suplico que no creais que era por sus ojos azules.

EDUARDO. Pues entonces era por su vinillo blanco, con el que se mostraba muy generosa. Pero ¿lo digo todo?

BARON. ¿Y qué mas podeis decir?

AMELIA. (*Riendo.*) Acabad, acabad.

EDUARDO. En resúmen, todos tenemos nuestras debilidades. La cabeza del baron estaba un poco... y sus ojos iban cerrándose gradualmente.

BARON. Caballero, mis ojos...

EDUARDO. La prueba está en que ni siquiera me vió levantarme de la mesa, tomar sus despachos, y montar á caballo para cumplir la mision de que él no podia encargarse.

BARON. Aquello era un complot, señora, un complot infernal. Me sacaron de la mesa...

EDUARDO. (*Bajo á la princesa.*) Habia ya perdido la cabeza. (*Todos contienen la risa.*)

BARON. Me llevaron á una habitacion...

EDUARDO. (*Lo mismo.*) ¡Si no podia dar un paso!

BARON. Y á pesar mio, me acostaron en una cama.

AMELIA. (*No pudiendo contenerse.*) ¡Ja, ja! (*Matilde y Enrique rien tambien.*)

CARLOTA. (*Aparte.*) Esto es indigno.

ENRIQUE. (*Aparte.*) No tiene precio.

MATILDE. (*Aparte.*) ¡Qué divertido!

AMELIA. Este baron tiene unas cosas...

BARON. Y por mas que gritaba como un energúmeno...

EDUARDO. ¡Si estabais perdido!

BARON. Entretanto, el infame se escapaba, y... Bien me acuerdo.

EDUARDO. Sí, de todo lo que habeis soñado.

BARON. Esto ya es demasiado. (*Todos rien.*)

EDUARDO. Así pues, llegué solo á la residencia del príncipe de Homburgo, jóven encantador, cumplido caballero...

BARON. Sí, un tontuelo, estremadamente feo y ridículo, segun dicen. (*Enrique se vuelve para ocultar la risa.*)

EDUARDO. ¡Ja, ja, ja! Si os oyese...

AMELIA. Pero, en fin...

EDUARDO. Le entregué los despachos...

BARON. ¡Al príncipe!

EDUARDO. A él en persona.

BARON. ¿Habeis visto al príncipe?

EDUARDO. Como tengo el honor de estaros viendo á vos.

BARON. ¡Si no ha vuelto á sus estados!

MATILDE. ¡Ah!

CARLOTA. Esto prueba claramente que...

EDUARDO. La mejor prueba es que me ha encargado que entregara esta respuesta á V. A. (*Presenta un pliego á la princesa.*)

BARON. Pero ya que venis de Homburgo, ¿cómo es que al llegar aquí me pidieron algunos objetos que olvidaste en el coche? Algunas cartas, un estuche, un...

AMELIA. ¿Qué estuche?

EDUARDO. No comprendo... (*Bajo, apretando el brazo al baron.*) Silencio, baron, y contad conmigo.

BARON. (*Admirado.*) ¡Ah!...

AMELIA. (*Despues de leer la carta.*) En efecto, es del príncipe que me escribe en persona. ¡Qué ternura muestra! Señores, debeis estar fatigados; id á descansar mientras llega la hora del baile. (*Se dirigen al fondo. Enrique cambia una seña con Eduardo. Matilde les sigue con ansiedad. —Deteniéndose en medio del teatro.*) Señor de Limberg.

EDUARDO. (*Volviendo vivamente.*) ¿Me ha llamado V. A.?

AMELIA. Sí; volved luego, pues tenemos un trabajo urgente, y ved si el ministro ha recibido los despachos que esperaba de Roma.

EDUARDO. Ya han llegado, señora.

AMELIA. ¡Ah!

MATILDE. ¿Y las cartas?

EDUARDO. (*Jugando con su guante.*) Todo lo que se esperaba. Sois libre, señora, y por lo tanto nada debe contener y vuestro secreto, vuestra eleccion.

MATILDE. (*Abanicándose.*) Sí, fuerza es hablar; pero la emocion... de S. A.

AMELIA. En efecto, estoy conmovida. (*Con un tono mas marcado.*) Id, señor conde de Limberg.

EDUARDO. ¡Conde, yo!

BARON. (*Aproximándose.*) ¡Qué oigo!

AMELIA. (*A Enrique.*) Es una gracia que he concedido á vuestro amigo. (*Enrique saluda.*)

EDUARDO. ¡Ah, señora! mi agradecimiento...

AMELIA. Id, y sobre todo haced las paces con el baron, os lo ruego. (*Eduardo tiende la mano el baron, el cual titubea.*) Lo deseo. (*El baron la toma vivamente.*)

CARLOTA. (*Aparte.*) ¡Oh! si hubiera sido yo... (*Vanse todos escepto Amelia y Matilde.*)

ESCENA V.

AMELIA, MATILDE.

AMELIA. (*Siguiendo á Eduardo con la vista.*) Matilde, no os vayais. (*La coge la mano sin mirarla.*)

MATILDE. Señora... (*Aparte.*) Valor; todo se lo diré.

AMELIA. ¡Dios mio! cómo temblais.

MATILDE. No, señora, si sois vos.

AMELIA. ¡Yo! es muy posible, pues esperimento una turbacion...

MATILDE. (*Aparte.*) Como yo.

AMELIA. El corazon me late, las lágrimas se asoman á mis ojos, y sin embargo me siento dichosa. Ya han sido anulados mis votos, y soy libre de entregar mi corazon y mi mano...

MATILDE. Y el secreto guardado hace tanto tiempo...

IA. Puedo revelarlo ya, puedo decir al que amo: Soy vuestra, os pertenezco.»

LDE. (*Señalando la carta.*) ¿Amais al príncipe de Homburgo?

IA. ¿A un príncipe á quien no conozco, y que creeria onrarme mucho trayéndome en dote su nombre, su título y sus estados? ¿Qué necesidad tengo de esto? Quiero ser yo la que engrandezca á mi esposo; por mí será uque, príncipe, y debiéndomelo todo no podrá menos e amarme.

LDE. ¡Cómo, señora! ¡Uno de vuestros súbditos!

IA. (*Sonriendo.*) ¿No ha de serlo acaso mi marido?

LDE. Pero ¿quién es?...

LIA. ¿Con que mis ojos no me han hecho traicion cuando se hallaba aquí, hace un instante?

LDE. ¿Ese jóven estranjero? ¿El baron quizá?

LIA. ¿Os chanceais, Matilde?

LDE. (*Titubeando.*) Entonces no puede ser mas que el eñor de Limberg.

LIA. ¡Chist! Mas bajo, Matilde.

LDE. ¡El!

LIA. Sí, él, á quien mi tio moribundo me recomendó omo un amigo, como un hijo; él, que con sus seductoras palabras me decidió á dejar el convento cuando fuí llamada á ocupar el trono; él, que ha sido desde entonces mi confidente, y cuya franqueza, cuyo talento y buen humor me han hecho soportar tantas veces el tédio de una córte donde todos procuran engañarme; él, en fin, á quien amo. ¿Qué mas os puedo decir?

TILDE. (*Aparte.*) ¡Desdichada de mí!

ELIA. Ya veis cuanta es mi alegría, mi felicidad... Pero ¿por qué no me contestais?

TILDE. Es que una noticia tan inesperada, tan... ¿Y creeis que el señor de Limberg es digno de semejante eleccion?

ELIA. ¿Que si es digno? No conozco corazon mas noble ni mas generoso; por mí ha rehusado títulos, riquezas...

TILDE. ¿Y no temeis lo que puedan decir?...

ELIA. ¿Quién, los cortesanos, que me adulan siempre? ¡Los ministros, que aprobarán mi eleccion por no perder su cartera! ¡El pueblo que ha aprendido ya á amar á mi secretario, por los beneficios que en mi nombre le concede!

ATILDE. Entonces, señora, si el señor de Limberg sabe ya vuestra eleccion y la recibe con placer...

IELIA. No, nada sabe todavía. Conozco su celo, su cariño, que fácilmente se convertirá en amor; gozo de antemano con su felicidad; pero ¿cómo decirle: «Eduardo, os amo!...» ¡Ah! ¡Por qué no lo ha adivinado!

ATILDE. Un amor, un enlace tan inesperado, y que tanto le honra, no podrá menos de enorgullecerle; pero, ¿y si amase á otra?

MELIA. ¡Ah! no me lo digais. Por un momento llegué á temerlo, y esto encendió en mi corazon el fuego abrasador de los celos. Ayer, cuando le alejé, cuando traté de sorprender á la culpable, ¡tiemblo aun! conocí que seria demasiado cruel para vengarme...

ATILDE. Vos, tan buena, tan ...

MELIA. ¡Si estaba loca! Pero no pensemos mas en eso; antes de separarnos, querida Matilde, sepamos cuál es el secreto que quereis comunicarme.

ATILDE. ¡Yo, señora!... No tengo ninguno.

MELIA. Sin embargo, me prometísteis...

MATILDE. Despues de tan grandes intereses ¿qué importa á V. A. un secreto insignificante, que debe sepultarse para siempre en el claustro?

AMELIA. Pero...

MATILDE. Aquí está el baron, señora. (*Aparte.*) ¡Oh! no puedo sostenerme.

ESCENA VI.

MATILDE, AMELIA, EL BARON.

BARON. Vengo á recibir órdenes de V. A. para la fiesta.

AMELIA. Deseo que esté brillante, pues es mi primer baile. ¿Y el conde de Limberg, se ha reconciliado con vos? (*Matilde cae sentada junto á la mesa de la izquierda y oculta sus lágrimas.*)

BARON. Vos lo habeis ordenado, y yo me considero siempre dichoso en obedecer á V. A.

AMELIA. (*Aparte.*) Como no has nacido para otra cosa...

BARON. Somos ya amigos hasta la muerte, con tanto mayor motivo, cuanto que me acaba de pedir un pequeño servicio.

AMELIA. ¡A vos! ¿Y en qué consiste?...

BARON. Perdonad, señora, he prometido no hablar de ello.

AMELIA. ¿Con que es un gran misterio?

BARON. Que no puedo comprender; siempre á vueltas con un retrato...

AMELIA. ¡Un retrato!

MATILDE. (*Levantándose.*) ¿Qué dice?

AMELIA. ¿Con que se trata de un retrato? Pero, ahora que me acuerdo, aquí tengo una cajita con mi cifra de brillantes... para vos, baron. Dádmela, Matilde. (*Matilde la toma de la mesa y la entrega á la princesa.*)

BARON. Señora... (*Aparte.*) ¡Qué encantadora se vuelve de dia en dia!

AMELIA. (*Dándole la cajita.*) Quiero que olvideis ese malhadado viaje.

BARON. ¡Ah, señora! la guardaré eternamente sobre mi corazon, sobre este corazon que...

AMELIA. (*Preocupada.*) ¿Y era un retrato... de hombre? Seria el de mi tio.

BARON. Perdonad, señora, no he hecho mas que entreverlo; pero... era de mujer.

MATILDE. (*Aparte.*) ¡El mio!

AMELIA. (*Conteniéndose.*) ¿Y era parecido?

BARON. No sé; soy demasiado discreto para permitirme... Y además, como me hallaba bastante léjos, solo distinguí un vestido azul.

AMELIA. ¿Un vestido azul? (*Mira á Matilde.*)

MATILDE. (*Como adivinando.*) Un vestido azul...

AMELIA. ¿Y no os dijo quién le habia dado aquel retrato?

BARON. No, señora. En el coche lo sacaba á menudo del bolsillo, y sin duda se lo dejaria con los papeles y cartas debajo de un almohadon, pues allí lo encontró mi ayuda de cámara. Cuando éste acababa de entregármelo, y en el instante mismo en que yo iba á abrirlo, se presentó á reclamarlo el señor de Limberg, encargándome la discrecion... á la que V. A me ha hecho faltar. Por favor, os pido el mas profundo secreto. Haced cuenta que nada he dicho.

AMELIA. Descuidad. (*A Matilde.*) ¡Oh! yo he de tener ese retrato. (*Al baron.*) ¿Y dónde está ahora?

BARON. Aquí se lo ha metido, en el bolsillo de este lado. (*Señalando el lado izquierdo.*)

AMELIA. (*Con impaciencia.*) No os pregunto eso. (*Despues de dirigirse al fondo, á un ujier que se acerca.*) Ved si se halla en la galería el señor conde de Limberg, y hacedle venir sin perder momento.

BARON. Pero, señora...

AMELIA. Nada temais. (*A Matilde.*) Esto decidirá de mi suerte y de la suya.

MATILDE. (*Aparte.*) ¿Qué irá á hacer? (*Sale Eduardo por el foro, y el baron se dirige hácia él.*)

BARON. Querido conde... (*A la princesa, en voz baja.*) Yo nada he dicho.

ESCENA VII.

MATILDE, AMELIA, EDUARDO, EL BARON.

AMELIA. Señor de Limberg, vos me haceis traicion.

BARON. (*Alejándose rápidamente.*) ¡Malo!

EDUARDO. ¡Yo, señora! ¿quién es el pérfido que se ha atrevido?...

AMELIA. Sí, me haceis traicion, y por mas que el baron os defienda...

EDUARDO. (*Tendiéndole la mano.*) Baron...

BARON. (*Aparte.*) ¡Pues no va mal!

MATILDE. (*Abanicándose.*) El pérfido está cerca de vos... princesa. (*Eduardo mira al baron y retira su mano.*)

AMELIA. Sí; habeis tomado parte en una intriga, que afortunadamente he descubierto.

EDUARDO. V. A. se refiere sin duda al príncipe de Homburgo. Confieso que al hospedarle en mi casa...

AMELIA. ¡En vuestra casa!

BARON. (*Estupefacto.*) ¡Eh!

MATILDE. (*Aparte.*) ¡Que torpe!

AMELIA. (*Aparte.*) Buscaba un secreto y he descubierto otro. (*Eduardo mira á Matilde, que se abanica con impaciencia.*)

AMELIA. Entonces el príncipe será quien os ha dado los papeles que...

EDUARDO. Señora, os juro...

AMELIA. ¿Los llevais ahí? (*Señalando á la izquierda.*)

EDUARDO. Los papeles que tengo aquí carecen de importancia; son órdenes, cartas... (*Saca del bolsillo varios papeles, entre los cuales se halla el retrato, que oculta vivamente.*)

AMELIA. (*Deteniéndole con un ademan.*) ¿Qué ocultais?

EDUARDO. (*Turbado.*) Nada, señora.

AMELIA. Sí por cierto, habeis ocultado algo.

EDUARDO. Nada, nada mas que este estuchito.

AMELIA. A ver, dádmelo.

BARON. (*Aparte.*) ¡Oh astucia femenina!

EDUARDO. Perdonad, señora; os aseguro que no hay en él papeles ni secreto alguno.

AMELIA. No importa; dádmelo.

MATILDE. (*Aparte, despues de seguir con ansiedad los movimientos de Amelia, y tomando una resolucion.*) ¡Ah! ¡que idea! (*Saca un estuche de su bolsillo.*)

EDUARDO. Señora, es un retrato que el honor me prohibe...

AMELIA. (*Con impaciencia.*) ¡Dádmelo pronto!

MATILDE. (*Pasa por detrás de la princesa, se adelanta hácia Eduardo y le toma vivamente el retrato.*) Caballero, ¿os atreveriais á desobedecer á vuestra soberana?

EDUARDO. ¡Gran Dios! (*Aparte.*) Y es ella misma la que... (*Matilde cambia los retratos y da uno á la princesa.*)

AMELIA. (*Admirada.*) ¡Matilde!... (*Tomándolo.*) Hubiera preferido que me lo hubieseis dado vos, caballero.

EDUARDO. Señora, la persona que...

MATILDE. (*Interrumpiéndole.*) Fuerza es obedecer, ¿no así, señor baron? Obedecer y... (*Abanicándose.*) calla (*Se acerca á la mesa de la izquierda.*)

EDUARDO. (*Aparte.*) Me callaré.

BARON. (*A Eduardo, en voz baja.*) ¿Quién le habrá dicho

EDUARDO. (*Cogiéndole vivamente por el brazo.*) Vos.

AMELIA. (*Abriendo el estuche.*) Apenas me atrevo... (*Reco ciéndose.*) ¡Ah!

EDUARDO. Perdon, señora; ya sabeis el secreto de mi am Yo solo soy el culpable... ¡Castigadme!

AMELIA. (*Con dulzura.*) ¡Castigaros! Señor conde de Li berg, tengo que dictaros una carta, sentaos aquí. *señala la mesa de la derecha. —Momento de silencio, rante el cual Eduardo espera con inquietud. Amelia, dor nando su emocion, enseña el retrato á Matilde, que a nas puede sostenerse.*)

EDUARDO. (*Bajo al baron.*) Os he de matar.

BARON. Si no he sido yo...

AMELIA. Podeis retiraros.

BARON. (*Aparte.*) ¿Qué va á ser de mí?

MATILDE. (*Aparte.*) ¿Qué le irá á decir?... ¡Yo tiembl (*El baron se va por el fondo, y Matilde por la izquierda.*

ESCENA VIII.

EDUARDO, AMELIA.

EDUARDO. (*Aparte, sentándose.*) ¿En qué parará esto?

AMELIA. (*Acercándose á Eduardo, despues de haber visto d aparecer á los demás personajes.*) «Señor conde...» (*Edu do la mira, y ella le señala el papel.*) Estoy dictando.

EDUARDO. Escribo, señora. (*Se dispone á escribir.*)

AMELIA. «Señor conde: me siento conmovida ante un am tan discreto; soy feliz, pues mi corazon habia adivin do el vuestro...» (*Movimiento de Eduardo.*)

EDUARDO. (*Aparte.*) Sin duda es para el príncipe.

AMELIA. (*Continuando.*) «Sí; antes de esta confesion, que astucia me ha hecho sorprender, mi corazon os pert necia, pues preferí el hombre sencillo y modesto á es altivos príncipes que me tributan sus homenajes.»

EDUARDO. (*Aparte.*) ¿Qué querrá decir?

AMELIA. «Guardad por siempre mi retrato, que teneis tanta estima...» (*Cambiando un poco de tono.*) Tomad otra vez. (*Eduardo se vuelve con sorpresa. Amelia baja l ojos.*) He jurado á Dios no aceptar el poder mas q para hacer dichosos... (*Eduardo toma lentamente el retr to que ella le ofrece.*) y empiezo.

EDUARDO. (*Mirando el retrato.*) ¡Cielos! (*La princesa se precipitadamente por la derecha.*)

ESCENA IX.

EDUARDO.

(*Solo, mirando el retrato.*) ¡Es ella! ¡es la princesa! Per ¿cómo habrá sido esto?... ¡Ah! ahora comprendo la fi gida cólera de Matilde al arrebatarme su retrato, q iba á perdernos, y que ha sustituido por el de... ¡Gra Dios! Pero entonces, lo que ella me decia con tant emocion... (*Leyendo lo que ha escrito.*) «Antes de est confesion, que la astucia me ha hecho sorprender, n corazon os pertenecia; pues preferí el hombre sencill y modesto á esos príncipes... Guardad por siempre m retrato, que teneis en tanta estima...» Y la turbacio

e ha mostrado al dármelo... Hay para volverse loco. corazon, su mano, su poder, todo es para mí... ¡para , que nada tengo, que nada soy sin ella! Sí; mas de a vez me he sentido conmovido... Ahora lo comprentodo, su solicitud porque estuviera siempre á su la, el abandono con que me hablaba, sus miradas que scaban las mias. ¡Y ayer estaba celosa, porque me aba! ¡Y la pobre Matilde, cómo ocultaba sus lágris al alejarse! ¡Lo sabia todo y la estaba engañan!... ¡Ah! necesito verla, hablarla; ansío calmar á su lo las mil ideas que me agitan, que abrasan mi entenmiento. ¡Corramos!

ESCENA X.

EDUARDO, MATILDE.

DE. ¡Eduardo!
DO. ¡Matilde!
DE. ¡Señor de Limberg!
DO. (*Queriendo cogerle una mano.*) ¡Ah! al fin os veo. la princesa?
DE. (*Retirándose.*) Me envia aquí para rogaros que tregueis este billete al príncipe de Homburgo, pues be ya quien es el conde Enrique.
DO. Entonces la princesa no puede ignorar que ano- e para veros...
DE. La princesa solo se acuerda de su felicidad. dejaros, ha venido á echarse en mis brazos y me ha nfiado su alegría ¡á mí!, dando en seguida algunas órnes para el baile de esta noche, que la enloquece de temano. Despues ha entrado el ministro, y le ha dicdo este billete para el príncipe, anunciándole su elecon y rogándole que se aleje de aquí, que parta hoy ismo. (*Eduardo toma el billete y lo junta con el otro.*) ministro ha quedado estupefacto, y yo... yo he sali- para traeros el billete, porque me estaba ahogan-... (*Vacila.*)
RDO. (*Sosteniéndola.*) Matilde, volved en vos. Pero es- no puede ser... Yo os amo, os lo he jurado mil veces.
LDE. Sois libre... debeis serlo. ¡Olvidadme! El claus- o me ofrece un asilo donde espiar mis vanas espenzas.
RDO. No, Matilde, ¿creeis que vos sola tendreis fuerza valor?... Vuestros votos están anulados; sois libre mo la princesa.
LDE. ¡Ah! Yo no ansiaba la libertad mas que para ser uestra.
RDO. Perdonadme, Matilde; no sé qué obcecacion tur- mi espíritu; pero vuestra presencia me devuelve la zon. Vos me amais, Matilde, y os juro por esas lágrimas que derramais, que jamás...
LDE. No acabeis, amigo mio. Creo que me amais co- o yo os amo, que tendreis valor como yo; pero reflenad que con el tiempo tal vez llegariais á arrepenros de haber despreciado vuestra fortuna, y esta idea nargaria mi existencia como un eterno remordimien-...
RDO. ¡Oh! no lo creais.
LDE. La princesa os ofrece una corona; os hace duque berano, príncipe del imperio...
RDO. Basta, Matilde, basta.

ESCENA XI.

ENRIQUE, EDUARDO, MATILDE.

ENRIQUE. (*Saliendo precipitadamente por el fondo.*) Eduardo...
EDUARDO. ¡El príncipe!
MATILDE. ¡Cielos!
ENRIQUE. ¿Qué es lo que acaban de decirme? ¡La princesa sabe quién soy! Vos os habeis comprometido por mí; pero nada temais: acabo de pedirle una audiencia, y espero obtener mi perdon y el vuestro.
MATILDE. ¡Oh!
ENRIQUE. Si no lo consigo, partiremos juntos, y no nos separaremos jamás; sereis mi ministro y mi amigo predilecto.
EDUARDO. ¿Vuestro amigo?
MATILDE. ¡La princesa!

ESCENA XII.

ENRIQUE, EDUARDO, AMELIA, CARLOTA, EL BARON, MATILDE.

(*Llegan por la derecha algunos personajes de la córte, precediendo á la princesa, se detienen en el fondo, y Amelia entra.*)

AMELIA. Hasta la noche, señores... Señor de Limberg... (*Viendo á Enrique.*) ¡Ah! señor conde...
ENRIQUE. Señora...
AMELIA. Señor conde, el señor de Limberg está encargado de poner en vuestras manos un billete de mi ministro, en que se espresa mi voluntad.
EDUARDO. Iba á entregárselo, señora. (*Enrique saluda, y Eduardo saca lentamente una carta, que entrega al príncipe.*)
MATILDE. (*Aparte.*) El príncipe parte... ¡Todo ha concluido!
ENRIQUE. (*Aparte, tomando la carta.*) ¿Qué es esto?
AMELIA. Conde de Limberg, vuestra mano.
BARON. (*Bajo, á Carlota.*) ¿Se atreveria acaso?... ¡Su secretario particular!
CARLOTA. (*Bajo.*) ¡Oh! si quiero... (*Lanza una mirada á Matilde, que se muestra muy conmovida. Eduardo da la mano á la princesa, á quien saluda el príncipe.*)

CAE EL TELON.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primer acto, adornada con arañas y candelabros encendidos. Los jardines estarán tambien iluminados. Al levantarse el telon las puertas del fondo se hallarán abiertas y corridas las cortinas.

ESCENA I.

EL BARON, CARLOTA, *Damas y Caballeros; despues* AMELIA, *y finalmente* MATILDE.

(*Al levantarse el telon concluye un minué, y los caballeros conducen á las damas á sus asientos.*)

BARON. ¡Esto es delicioso! Tanto en los salones como en los jardines se nota una animacion que me encanta.
CARLOTA. Sí, cuando veis desvanecerse como el humo

vuestras esperanzas... Vamos, no teneis sangre en las venas.

BARON. Sobrina, cada uno tiene la que Dios le ha dado. Pero ¿cómo impedir la elevacion del conde de Limberg?

CARLOTA. Yo me encargo de ello.

BARON. Vas á comprometernos.

CARLOTA. Perded cuidado.

BARON. ¿Y si caigo?

CARLOTA. Ya sabeis que caeis siempre de pié como...

BARON. ¡Su alteza! (*Llega Amelia muy alegre, rodeada de personajes de la córte.*)

AMELIA. Sí, señoras, me siento transportada. ¡Qué hermoso es un baile cuando nos rodean la alegria y el placer! ¡Oh! he perdido mucho tiempo; pero en adelante solo quiero ver á mi lado gentes dichosas, semblantes risueños... como el del baron.

BARON. Señora, estoy loco de alegría.

AMELIA. (*Riendo.*) ¡De alegría!... Haceis perfectamente. Y vos, Carlota, ¿por qué muestra vuestro hermoso rostro tanta gravedad?

BARON. Rie, sobrina, rie como yo.

AMELIA. Vaya, señores, id á animar la funcion; haced que la música deje oir sus armonías, y que las danzas animen estos salones. Este baile es el precursor de otros muchos, pues quiero que mi reinado sea una fiesta continua. (*Todos se dispersan.*)

ESCENA II.

AMELIA, MATILDE.

MATILDE. (*Saliendo por el fondo y mirando á la izquierda.*) ¿Dónde estará Eduardo?

AMELIA. Querida Matilde, venid, participad de mi alegría. Pero dejad que vea antes ese hermoso traje que tanto os ha costado aceptar.

MATILDE. Bien veis que al fin os he obedecido, señora.

AMELIA. Y habeis hecho bien, porque estais encantadora. Pero ¿es posible lo que me han dicho? ¿Rehusais vuestra libertad que, sin saberlo yo, os ha sido concedida? Haceis muy mal, y si yo pudiera darla á las que no la tienen, si me encontrase aun en mi abadía de Remiremont...

MATILDE. (*Aparte.*) Me mata su alegría.

AMELIA. Sabed que quiero casaros.

MATILDE. ¡Señora!...

AMELIA. Sí, quiero casar á todo el mundo. Mirad, para esto no hay como un baile; no os faltarán pretendientes, y entre ellos podreis escoger.

MATILDE. (*Aparte.*) ¡Oh, nunca!

AMELIA. Antes de marchar el conde Enrique, habia yo pensado para vos...

MATILDE. ¡El conde!

AMELIA. Sí; él no queria precisamente princesas... Vos sois muy linda, y bien podria hacer como yo, que no he elegido un príncipe. (*Movimiento de Matilde.*) ¡Oh! es una persona digna de aprecio, es hombre de corazon, de talento, y tiene un no sé qué de novelesco... Además, es amigo del caballero de Limberg... (*Bajando la voz.*) mi esposo.

MATILDE. ¡Vuestro esposo!

AMELIA. Pero no le veo... Sin duda no se atreve á presentarse en los salones, y sin embargo está aquí, en los jardines. (*Bajando la voz.*) Hace un instante estaba yo sentada junto á un seto de flores pensando en él, cuando de repente he sentido en mi mano un beso que me ha hecho lanzar un grito.

MATILDE. ¡Un beso!

AMELIA. Mi acompañamiento acudió al instante; pero habia desaparecido, y me volví conmovida, sin saber si debia reirme ó irritarme por semejante audacia. (*Cesa la música, y el baron aparece en el fondo.*) ¡Ah! allí está el baron que viene en mi busca, pues he prometido bailar con él esta contradanza. Eduardo estará allí sin duda... Hasta luego.

ESCENA III.

EDUARDO, MATILDE.

MATILDE. Por fin se ha marchado... Me ahogo; necesito llorar.

EDUARDO. (*Saliendo por la izquierda, muy agitado y sin ver á Matilde.*) No está en su cuarto, ¡qué fatalidad!

MATILDE. (*Viéndole.*) ¡Ah!

EDUARDO. ¡Matilde!

MATILDE. Caballero...

EDUARDO. Me hallo en una inquietud mortal... ¿No ha visto?...

MATILDE. Tranquilizaos; la princesa está allí esperándo

EDUARDO. Es al príncipe á quien busco.

MATILDE. ¡Cómo!

EDUARDO. Le estoy buscando por todas partes, y tiembl pensar que...

MATILDE. Es imposible que haya permanecido aquí pues de la órden que la princesa os encargó que le municárais para alejar á un rival...

EDUARDO. ¡Un rival, á quien temíais por mí mas qu mismo!

MATILDE. Claro está; despues de la confesion de la p cesa...

EDUARDO. Por quien me habeis mandado que os olvide, tando á mis juramentos...

MATILDE. No os ha costado mucho obedecerme.

EDUARDO. ¡Ah, Matilde! ¿Podeis creer?...

ESCENA IV.

EDUARDO, MATILDE, ENRIQUE.

ENRIQUE. ¿Sois vos, Eduardo?

MATILDE. ¡Gran Dios!

EDUARDO. ¿Vos aquí, príncipe?

ENRIQUE. No temais; nadie me ha visto.

EDUARDO. Hace dos horas que os estoy buscando.

ENRIQUE. No he podido resistir á mi impaciencia des de la carta que he recibido.

MATILDE. ¿Qué carta?

EDUARDO. Hablad mas bajo.

ENRIQUE. ¡Ah, señorita! Vos conoceis mi secreto, y puedo hablar en vuestra presencia de mi dicha, de billete en que Amelia me habla de mi amor, que h adivinado, y del suyo...

MATILDE. ¡Del suyo!

ENRIQUE. Sí, en términos que no puedo esplicarme au

EDUARDO. (*Aparte.*) Ya lo creo.

MATILDE. (*Dando un grito.*) ¡Ah! ¿Eduardo os ha entre esa carta?

...z. Sí, escrita por su ministro, segun ella me dijo. ¡Es ...ular!... Hay cosas que se escriben en persona.
...o. Esa es la costumbre, pero tratándose de un ...r... diplomático...
...z. Además me habla de un retrato suyo, que me re... ...ienda guarde eternamente, como si ya estuviese en ...poder.
...E. ¿Y no lo habeis recibido?
...o. Aun no.
...z. Por esto antes de marcharme y pedir su mano ofi... ...mente, quisiera tener una esplicacion...
...E. ¿Con ella?
...o. ¡Oh! guardaos bien de hacerlo.
...z. ¿Por qué? Se interesa en ello mi dignidad.
...o. Sí, vuestra dignidad. (*Aparte.*) Estaríamos bien.
...E. (*Acercándose á ellos con reserva.*) Esta noche, en el ...in, cuando se habia separado de su acompañamiento ...aproximé á ella...
...E. ¡Cómo!
...z. Muy callandito, y no pude resistir al deseo de es... ...par un beso en su mano.
...E. ¿Erais vos?
...E. Entonces lanzó un grito, y no tuve mas remedio ... apelar á la fuga, porque acudió gente, y...
...o. Hicisteis bien, príncipe. Por favor no hableis una ...abra mas ni deis un paso sin que antes nos vea... ...s.
...E. No podeis permanecer aquí.
...E. (*Aparte.*) ¿Qué es lo que tienen? Pues yo no me ...o así... Le hablaré.
...o. Os lo suplico, príncipe, id á verme á mi cuarto.
...E. No insisto. (*Yéndose.*) Yo he de averiguar... (*Vase.*)

ESCENA V.

EDUARDO, MATILDE.

...o. (*Aparte.*) Y ahora, ¿qué decirle? ¿Cómo salir del ...ladero? Quiera el cielo....
...E. Eduardo, ¿qué habeis hecho?
...o. ¿Comprendeis ahora si me habria costado obe... ...eros?
...E. ¡Oh amigo mio! Perdon... ¿Cómo habia osado?...
...o. ¿Lo sé yo acaso? Despues de la revelacion de ...el amor que me daba el título de príncipe y el po... ...so berano, presa de esa fiebre de ambicion que abra... ...l alma, instado por vos, Matilde, que me suplica... ...que os olvidase, me ví deslumbrado, os lo con... ...o. Demasiado débil para resistirlo, quise huir del ...gro que nos amenazaba; pero retenido á pesar mio, ...blaba al hallarme ante la princesa, y cuando és... ...ne encargó que entregase al príncipe aquella car... ...ue iba á destruir sus esperanzas, no sé lo que pa... ...or mí. Tomé convulsivamente el billete fatal que ... habia dictado, vacilé un instante, pero decidién... ...e al ver las lágrimas que bañaban vuestros her... ...os ojos, deslicé el billete en las manos del prín... ...
...E. ¡Os habeis perdido!
...o. No, Matilde, me he salvado. En cuanto me ví li... ... corrí á mi habitacion loco de alegría y satisfecho de ...valor, hasta que, reflexionando con mas calma lo ... acababa de hacer, tuve miedo... La princesa me ..., me ha entregado su corazon, y...
MATILDE. Acabará por saber que vos me amais á mí, y su cólera...
EDUARDO. ¿Y cómo revelar al príncipe que aquella carta era para mí?
MATILDE. Si llega á ver á S. A...
EDUARDO. Eso es lo que quiero impedir, hasta que hayamos salido del apuro. Veré al ministro, y quizá él nos saque del paso; dicen que tiene talento, y aunque yo lo he dudado siempre, este es el momento de averiguarlo.
MATILDE. Ante todo huid.
EDUARDO. Sí, iré al castillo de mi amigo el conde de Wallen. En cuanto á vos, Matilde, volved al lado de vuestra familia; voy á prepararlo todo para vuestra partida secreta antes que estalle la tempestad. Cuando ésta pase, volvereis, y si no, yo iré á buscaros.
MATILDE. Disponed de mí.
EDUARDO. Esperadme, y quiera Dios que logremos nuestros deseos. (*Le besa la mano, y Matilde se aleja por la izquierda.*)

ESCENA VI.

EDUARDO, EL BARON, *despues* CARLOTA.

BARON. Señor de Limberg, os andan buscando.
EDUARDO. (*Yendo hácia el baron.*) Señor baron...
BARON. Querido amigo...
EDUARDO. (*Con tono amenazador.*) ¿Acaso no he estado en el baile? ¿No me habeis visto vos?
BARON. Pero la princesa...
EDUARDO. Vos sois quien me habeis vendido.
BARON. Os juro...
EDUARDO. Lo ¡sé perfectamente, hora por hora, palabra por palabra.
BARON. ¡Bah!
EDUARDO. Pero si volveis á hablar de mí una palabra mas... Escuchadme.
BARON. Todo soy oidos.
EDUARDO. O subiré al poder y vos caereis, ó si yo soy quien caigo, de hombre á hombre, de conde á baron... Os mataré. (*Vase por la derecha.*)
BARON. (*Estupefacto.*) ¡Ah! ya es la segunda vez que me lo dice.
CARLOTA. (*Sale riendo.*) ¡Ja, ja, ja!
BARON. ¡Carlota!... Dichosa ella que puede reir.
CARLOTA. Querido tio, el señor de Limberg acaba de separarse de vos...
BARON. Amenazándome. ¡Tengo un coraje!...
CARLOTA. Reios como yo.
BARON. Sí, esa gana tengo.
CARLOTA. Aquí viene la princesa. Reid, reid. ¡Ja, ja, ja!
BARON. Estoy que me lleva Satanás.
CARLOTA. No reirá el caballero de Limberg.
BARON. (*Soltando la carcajada.*) ¡Ja, ja, ja!

ESCENA VII.

CARLOTA, EL BARON, AMELIA, *Damas y Caballeros.*

AMELIA. Necesito descansar. (*Retírase el acompañamiento y se corren las cortinas.*) ¡Qué cosa mas encantadora es un baile! Pero cuando no se está acostumbrada... (*Se adelanta hácia un sillon.*) Apenas puedo sostenerme.
CARLOTA. (*Bajo al baron.*) No ceseis de reir. (*Ambos rien mas fuerte.*)

AMELIA. ¿Qué es, esto?

CARLOTA. (*Conteniendo la risa con dificultad.*) Perdonad, señora, no habia tenido el honor de veros.

BARON. Sí, no habíamos tenido el honor...

AMELIA. No importa; quiero que todos estén contentos, que todos rian á mi alrededor, aunque en este momento me hallo algo inquieta, algo disgustada...

BARON Y CARLOTA. ¿Vos, señora?

AMELIA. Sí, pero... Vaya, baron, contadme lo que os hace reir de ese modo. (*Se coloca entre Carlota y el baron.*)

BARON. Yo, señora, no puedo...

AMELIA. Os lo ruego.

CARLOTA. Vamos, tio, puesto que S. A. lo exige... ¡Ja, ja, ja!

BARON. (*Riendo.*) Sí, puesto que... ¡Ja, ja, ja! (*Aparte.*) Pero de qué me estaré riendo?

AMELIA. Vamos, ya sabeis que soy muy curiosa.

CARLOTA. No es nada, señora; una intriga de córte que me estaba contando mi tio.

BARON. Sí, una intriguilla que mi tio... Digo, que yo le... (*Aparte.*) ¡Válganme los doce apóstoles!

AMELIA. ¡Una intriga! ¿Es tan divertida como vuestro viaje? Vaya, aquí, en familia...

BARON. Señora... (*Aparte.*) ¡Háse visto situacion mas apurada que la mia!

AMELIA. Con que...

CARLOTA. Es que podria comprometerse á alguien, y...

AMELIA. ¿A quién?

CARLOTA. Lo ignoro, pues parece que el billete no tenia firma ni direccion.

AMELIA. ¿Con que hay un billete de por medio?

CARLOTA. Sí, un billete que indica el modo como dos personas, á quienes no conozco, se entendian y aun hablaban delante de la córte, ante todo el mundo, sin que nadie pudiese sospechar su correspondencia.

AMELIA. ¿De veras?... ¡Pues es gracioso!

BARON. ¡Bah! pero eso es muy... (*La princesa le mira. Carlota tose. El baron rie.*) ¿No es así, señora?

AMELIA. ¿Y ese ingenioso medio, baron, en qué consiste?

BARON. Consiste... (*Aparte.*) ¿En qué consistirá?

CARLOTA. En un guante y un abanico puestos en movimiento.

AMELIA. ¿Y es eso todo?

CARLOTA. Todo.

BARON. (*Aparte.*) ¿Cómo diablos habrá sabido esta muchacha?...

CARLOTA. (*Abanicándose.*) Por ejemplo: «¡Cuánto deseaba volveros á ver...» y aquí se pronuncia cualquier nombre.

AMELIA. Muy bien.

BARON. ¡Ah! ya entiendo. (*Moviendo un guante.*) «¡Qué hermosa noche hace!»

AMELIA. Carlota, seguid el hilo de esa intriga, y contadme cuanto podais descubrir.

CARLOTA. ¡Ah, señora! me cuido tan poco de esas cosas, que...

AMELIA. Pero ¿cómo ha podido leerse ese billete, baron?

BARON. Eso digo yo: ¿cómo se ha podido?...

CARLOTA. Pero, tio, ¿no recordais que lo encontraron en la galería, cuando se presentó el señor de Limberg reclamando aquel retrato?

AMELIA. (*Riendo.*) ¡Ah! sí, aquel retrato de mujer... cuyo vestido dijisteis que era azul... Era de color de rosa, ron... ¡Ja, ja, ja!

BARON. Juraria que era azul.

CARLOTA. (*Con curiosidad.*) ¿Y ese retrato, señora, era?.

AMELIA. Preguntadlo al señor de Limberg... Estraño tarde tanto en venirme á anunciar la partida del p cipe de Homburgo.

BARON. V. A. ha obrado perfectamente despidiéndole. pito en su ausencia lo que dije delante de él sin co cerle: el tal príncipe es tonto, ridículo, y... (*Repar en Enrique, que entra por la izquierda y atraviesa el f* ¡Ah!

AMELIA. (*Viendo á Enrique.*) ¡Cielos!... (*Hace una sei baron y á Carlota para que se alejen, y estos obedecen.*

ESCENA VIII.

AMELIA, ENRIQUE.

ENRIQUE. (*Aparte.*) Parece que mi presencia le sorpren

AMELIA. Confiésoos, caballero, que no esperaba ver mi córte...

ENRIQUE. ¿Podia dejarla tan fácilmente?

AMELIA. Caballero...

ENRIQUE. (*Aparte.*) Desde que sé que me corresponde, to una emocion... (*Alto.*) Señora...

AMELIA. (*Aparte.*) Despues de una despedida tan forma perimento una turbacion...

ENRIQUE. Quizá las leyes de la etiqueta exigian mi par dejando á la diplomácia el cuidado de terminar mi vela; pero temiendo ver desvirtuado su interés...

AMELIA. Me parece que la novela de que hablais está cluida.

ENRIQUE. En efecto, nos hallamos en el último capítu casi deberia sentirlo.

AMELIA. ¿Casi? Poco galante me pareceria esa palabra, fuera porque me coloca respecto de vos en la pos que deseo.

ENRIQUE. ¡Qué amable sois, señora!

AMELIA. ¿Lo creeis así? (*Aparte.*) Esto prueba que tien escelente carácter.

ENRIQUE. Sí, echo de menos aquel incógnito que me mitia veros, oiros y permanecer á vuestro lado; llevaré en mi alma el recuerdo de tanta gracia, de bondad.

AMELIA. Veo con placer que al menos viviremos como nos vecinos.

ENRIQUE. Algo mas, segun espero.

AMELIA. Despues de la carta que os he hecho entregar

ENRIQUE. Y que me ha hecho tan dichoso...

AMELIA. (*Aparte.*) Vamos, estoy atónita.

ENRIQUE. Solo hubiera deseado que vos misma me la h rais entregado, lo propio que el retrato que debe solarme de vuestra ausencia.

AMELIA. ¿Qué retrato?

ENRIQUE. El retrato que debo guardar eternamente.

AMELIA. ¡Ah!

ENRIQUE. (*Sacando el billete y leyendo.*) «Preferí el ho sencillo y modesto á esos altivos príncipes que me butan sus homenajes.»

AMELIA. (*Admirada.*) ¡Caballero!...

ENRIQUE. «Guardad siempre mi retrato...»

AMELIA. (*Levantándose.*) ¡Gran Dios! ¿Y es el conde de berg quien os ha entregado esa carta?

UE. Sin duda, señora.
A. ¡Ah! ¡esto es horrible!
UE. ¿Qué quiere decir esa turbacion?
A. ¡Ah, caballero! existen á veces pérfidos amigos...
UE. (*Aparte.*) El temor, la turbacion que hace un ins-nte manifestaba Eduardo... ¡Oh! á él es á quien debo dir una esplicacion.
A. Vedle, y si no se ha equivocado...
UE. Si se ha burlado de mí, desgraciado de él.
A. Príncipe, tened en cuenta que...
QUE. Señora, yo no soy mas que el conde Enrique... *parte.*) Para vengarme. (*Vase.*)

ESCENA IX.

MATILDE, AMELIA, EDUARDO, *en seguida* EL BARON.

A. (*Sola.*) ¿Habrá sido un error ó una traicion? ¿Cómo se halla esa carta en poder del príncipe, y por qué duardo no está aquí, por qué no viene?... ¡Ah! apenas uedo respirar!... ¡Oh! no, no, es imposible. (*Viendo á Matilde.*) Matilde, participad de mis temores, de mis tor-entos, vos, que poseeis toda mi confianza.
LDE. Señora, la brillante contradanza que V. A. ha edido...
A. ¡Qué me importa!... ¿En dónde está Eduardo? (*Viéndole apareeer, y sin mirarle.*) ¡Ah! acercaos, caballero, cercaos. Mucho tiempo os habeis hecho esperar. ¿Qué ausa ha podido?...
RDO. Perdonad, señora. (*Jugando con el guante.*) He ado órdenes para la partida...
A. ¿Qué partida?
RDO. (*Cesando.*) De las jóvenes que V. A. envia al con-ento de Remiremont.
LDE. (*Abanicándose.*) En efecto, existen peligros en la órte... (*Amelia mira al abanico, sin acabar de eomprender.*) de los que V. A. debe preservarlas.
A. Sin duda, pero...
LDE. (*Lo mismo.*) Bueno es pensar en un retiro... (*Amelia dirige lentamente sus miradas á Eduardo, y observa el juego del guante.*)
RDO. (*Lo mismo.*) Para el que todo está preparado...
LDE. (*Lo mismo.*) Unicamente se teme que el viaje sea lgo peligroso... (*Cesando.*) á causa de la tormenta que menaza.
RDO. (*Lo mismo.*) Estad tranquila, nos sobra el tiempo
A. (*Con voz ahogada.*) ¡Ah! sí, sí. (*Sigue todos los movimientos, espresando su fisonomía euánto debe sentir.*)
LDE. Pero, la contradanza os espera, señora. (*Abaniándose.*) ¿No quereis complacer á los que os aman, niéndoos á ellos?
RDO. (*Jugando con el guante.*) Al momento, señora. En uanto á mí, me considero dichoso por haber podido segurar vuestra tranquilidad... (*Cesando.*) por lo que ace á esas señoritas.
N. (*Saliendo.*) Señora, vengo á recibir vuestras órdees para la contradanza.
RDO. (*Poniéndose el guante.*) Para la partida espero...
A. (*Sin mirarle al principio.*) Luego; podeis retiraros. *Eduardo se dispone á salir, se vuelve y vase.*)
LDE. (*Abanieándose.*) El momento es favorable, y... *Amelia le arranca el abanico en el momento en que sale Eduardo.—Matilde, aterrorizada, lanza un grito ahogado.*) ¡Ah!

BARON. (*Aproximándose.*) Que van á bailar, y...
AMELIA. (*Interrumpiéndole.*) Baron, seguid á ese hombre y haced que no salga de palacio; si se resiste, que le arresten. Yo lo mando.
MATILDE. Señora...
BARON. (*Estupefacto.*) ¿Al señor de Limberg?
AMELIA. Me respondeis de él. (*Vase el baron precipitadamente.*)

ESCENA X.

MATILDE, AMELIA, *en seguida* CARLOTA *y* EL BARON.

MATILDE. Señora...
AMELIA. ¿No conoceis que lo sé todo? Abanicaos para decirle que le amais. Y él, que acaba de responderos en mi presencia... ¡Ah! esto es una infamia. (*Matilde eae de rodillas.*) Jamás podreis imaginaros cuánto ha sufrido este corazon que os pertenecia, y que os complaciais en torturar... Pero yo sabré castigar vuestra perfidia.
MATILDE. ¡Oh, señora, perdon!
AMELIA. (*Levantándola y rechazándola.*) ¡Jamás! Hay infamias que el corazon de una mujer no puede perdonar. Yo os consideré como una hermana; yo depositaba en vuestro pecho mis secretos, mis esperanzas, mi amor... Si, mi amor, que era mi existencia, y que sepultaré conmigo en el claustro, á donde vuelvo para ocultar mi vergüenza.
MATILDE. ¡Gran Dios!
AMELIA. ¡Y vos me dejabais humillar ante ese hombre, ante ese ingrato, que todo me lo debe, que se reia con vos de mi confianza, de mi turbacion, de aquella carta en que se revelaban los mas tiernos afectos de mi alma, y que él ha entregado, vendido quizá á ese príncipe, su amigo, su cómplice y el vuestro!
MATILDE. ¡Oh! señora...
AMELIA. Dejadme; os arrojo de mi presencia.
MATILDE. ¡Ah! no me maldigais. El cielo es testigo de que mil veces he querido arrojarme á vuestras plantas para confesaros mi secreto; pero no era libre, y temia vuestra cólera... Despues, cuando supe que le amabais, fuí muy desgraciada... Tambien yo tuve celos... ¡Ah, señora!... Piedad, piedad.
AMELIA. ¡Piedad! ¿acaso vos la tuvisteis de mí?
MATILDE. He hecho mas, señora: he querido olvidarle á pesar suyo; he deseado que fuese feliz con ese amor que él no podia comprender...
AMELIA. (*Fuera de sí.*) Dejadme os digo. (*Matilde se levanta, y obedeeiendo á una seña imperiosa de la princesa, se va por la izquierda. Carlota sale por el fondo, hablando eon algunos personajes, que se retiran en seguida.*) ¡Ah! fuerza es ocultar mis lágrimas y el rubor de mi frente. Señorita Carlota, informaos de si todo está dispuesto para que Matilde marche á Remiremont...
CARLOTA. ¡La señorita Matilde!
AMELIA. (*Al baron, que sale por la derecha.*) ¿Y bien, baron?
BARON. Vuestras órdenes están ya cumplidas: el señor de Limberg ha sido arrestado; pero el príncipe de Homburgo que, segun dice, no es mas que un simple caballero ultrajado, acaba de acercársele para pedirle cuenta de no sé qué insulto. Está furioso
AMELIA. Aquí solo mando yo. Que el conde Enrique parta al instante; al instante mismo. (*Eduardo aparece por la*

derecha. Amelia puede apenas contener su indignacion.)

BARON. (*Bajo á Carlota.*) Aquí hay revolucion. (*Vanse.*)

ESCENA XI.

AMELIA, EDUARDO.

EDUARDO. Perdonad, señora, si me atrevo...

AMELIA. ¿Quién os ha hecho llamar, caballero? ¿Qué quereis?

EDUARDO. No vengo á condolerme de una desgracia que no puedo comprender aun... Mi vida y mi libertad pertenecen á V. A.

AMELIA. (*Con voz ahogada.*) ¿Lo habeis olvidado, caballero?

EDUARDO. (*Sin oirla.*) Pero lo que no puedo aceptar son las quejas, las amenazas del príncipe de Homburgo, que me pide satisfaccion de una ofensa de que me acusa injustamente, pues no hice mas que entregarle lo que V. A. me dictó para él.

AMELIA. ¡Para él!

EDUARDO. Sí, para él, que os ama y que es vuestro igual.

AMELIA. ¿No comprendisteis que aquella carta?...

EDUARDO. No podia ser mas que para él. Si otro hubiera tenido la audacia de reclamar para sí la confesion que V. A. confió á mi lealtad, y este retrato, que el príncipe no puede recibir ya de mí, (*La princesa se lo toma.*) le hubiera dado un mentís en vuestra presencia, ante la córte entera, y hubiera derramado toda mi sangre para vengar vuestro honor ofendido.

AMELIA. ¿Y quién os lo ha pedido, caballero? ¿quién os ha encargado que velárais por mí?

EDUARDO. Vos misma, señora.

AMELIA. ¡Yo!

EDUARDO. Vos, que al abandonar vuestro retiro para ocupar el trono, me dijisteis: «Señor de Limberg, cedo á vuestras súplicas; pero vos, que fuisteis el amigo de mi tio y que ahora lo sois mio, prometedme que permanecereis siempre á mi lado como un hermano, para ayudarme á conocer ese mundo en donde voy á entrar, para aconsejarme en medio de mis aduladores.» ¡Ah! no lo he olvidado, señora, y si hubiese podido creer que esa carta iba dirigida á cualquier otro, á quien la ambicion pudo cegar, me hubiera atrevido á arrojarme á vuestras plantas y á deciros en voz baja: (*A media voz y conmovido.*) «En nombre de vuestra virtud, por la cual os habeis hecho adorar; en nombre de vuestro honor, que tan caro nos es á todos; en nombre del imprudente mismo á quien tanta bondad haria víctima de las asechanzas y de la envidia, (*Con mucha reserva.*) ahogad en el fondo de vuestro corazon una debilidad...

AMELIA. ¡Eduardo!

EDUARDO. (*Cambiando de tono.*) Pero no; aquella carta para el príncipe; lo he sostenido y lo sostendré siem

AMELIA. (*Sollozando.*) Pero dadme la fuerza que me fa el valor que el claustro no infundió en mi corazon co las pasiones cuya existencia ignoraba... ¿No veis c desgraciada soy?

EDUARDO. (*Turbado.*) Señora... (*Aparte.*) ¡Cuánto amor!

AMELIA. ¿En mi lugar, no se vengaria cualquiera otra soberana?

EDUARDO. No la mia, no la que me llamó su hermano.

ESCENA XII.

CARLOTA, AMELIA, MATILDE, EL BARON, *Damas y Caball en el fondo.*

MATILDE. (*Saliendo por la izquierda y acercándose á Amel* Señora, habeis dispuesto mi partida...

AMELIA. (*Con voz ahogada.*) Una soberana debe castig quien la engaña.

EDUARDO. (*Bajo.*) La mia hubiera perdonado, señora.

BARON. (*Saliendo por la derecha.*) Señora, he ordenad príncipe que abandone al instante vuestros estados.

AMELIA. (*Bajo.*) Para elegir esposo solo debo escucha mi corazon.

EDUARDO. (*Bajo.*) Mi soberana hubiera escuchado la raz señora.

CARLOTA. (*Adelantándose.*) Señora, todo está dispuesto ra la marcha.

AMELIA. (*Bajo.*) Volveré al convento con mis compañe

EDUARDO. (*Bajo.*) Mi soberana hubiera ocupado su t para hacer la felicidad de sus súbditos.

AMELIA. (*Con emocion, mirando á Eduardo y á Matilde, pues de espresar con la fisonomía lo que siente.*) Matild volvereis al seno de vuestra familia, á la cual irá conde de Limberg á pedir vuestra mano... Mas ta volvereis... (*Bajo.*) Cuando me sienta con fuerzas p presenciar vuestra felicidad.

EDUARDO Y MATILDE. (*Inclinándose.*) ¡Ah, señora!

BARON. (*Estupefacto.*) ¿Será posible?

AMELIA. Baron, sois un torpe; no sabeis comprender na Despues de ultrajar al príncipe sin conocerle, acab de despedirle de un modo tan brusco, que es preciso yais á disculparos con él. Antes de que se aleje, le reis de mi parte este retrato. (*El baron lo toma, y saluc*

CARLOTA. ¿Cuándo quiere partir V. A.?

AMELIA. Vos sereis la que irá al convento.

CARLOTA. ¡Yo, señora!

AMELIA. Y direis á mis compañeras que me quedo ocup do el puesto que Dios me ha dado, para hacer dicho s á cuantos me rodean.

FIN.